

# EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis et  
justitiae partes tuendas suscepistis...

DIARIO CATOLICO, APOSTOLICO, ROMANO.

Denique, cujus causam agitis, rogamus, ut vos in proposito confirmet.  
—Pío IX, al Director y Redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRIPCION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestre en casa de los comi-  
sionados, y 12 rs. al mes y 54 trimestre en la administracion.—En el Extranjero: 70 rs. trimestre.—En Ultramar: 90 rs.  
trimestre.—La administracion no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRIPCION.—Madrid: En la administracion, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—  
Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—Paris: Agencia franco española de D. C. A. Saa-  
vedra, 55, Rue Taitbout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbitero.

## PARTE EXTRANJERA.

El atentado del 6 de Junio es el asunto del día. Los periódicos extranjeros, los franceses particularmente, no hablan de otra cosa que de la indignación que aquel crimen ha causado en todas partes, de los regocijos públicos con que se está celebrando en Francia la milagrosa salvación de la vida del autócrata de todas las Rusias, y de las felicitaciones que todos los Soberanos y las poblaciones todas del vecino Imperio han dirigido al Czar con ocasión del frustrado regicidio.

¿Y qué es el regicidio? Como es difícil calificar este delito de mejor manera que lo hace Luis Veuillot con la precisión que le distingue, vamos a insertar aquí las líneas que en el *Univers* dedica a ese objeto, en la seguridad de que con ello hemos de complacer a nuestros lectores: «El regicidio, dice el esclarecido escritor católico, es una de las epidemias más graves de la sociedad moderna. Esta epidemia es de las más graves por lo que significa y porque es incurable. Es verdad; el regicidio significa y comprende el ataque más completo al principio de autoridad, y ese ataque es inevitable porque es hijo de la revolución, y no se quiere ahogarla. Hasta ahora había sido un principio, no ya de elevada metafísica sino de sentido común, que es necesario extinguir las causas para matar en su raíz los efectos, y era axiomático el que *sublata causa tollitur effectus*. Mas la civilización moderna, ávida de destruir todo lo que es antiguo, no por ser antiguo, sino por ser conforme a razón, a justicia, a verdad y a belleza, todo lo cual se halla dentro del Catolicismo únicamente, procede de otra manera, y allí donde no ha hecho más que insinuarse ó en donde está organizada de un modo menos desenfrenado que el que la revolución desea; hace con su influjo que los poderes públicos, los Gobiernos y los hombres que irrisoriamente se dan a sí propios la calificación de hombres de orden, crean que no es preciso matar la causa para dar muerte al efecto, y que basta castigar y reprimir ciertos acontecimientos para que, aun cuando subsista la hidra devoradora dentro de ciertos límites, no corran peligro el Altar y el Trono, la Religión y la sociedad.

Estas son las razones que Veuillot debe sin duda tener para hacer un paralelo entre el regicidio y el cólera, y para decir que el primero procede de la revolución, como viene el segundo de la Meca, y que así como no desaparecerá la enfermedad morbosa mientras continúe la peregrinación de los musulmanes a esta comarca, ó no se vean a su regreso sometidos a rigurosa cuarentena, no concluirán los regicidios mientras los mismos jefes de los pueblos quemen incienso en los altares de la *diosa revolución* que es la que hoy priva en el mundo, y no suspendan su culto por lo menos durante un largo período de tiempo.

Pero Luis Veuillot dirige su escrutadora mirada en torno de sí, posa sus penetrantes ojos en la nación que le vio nacer y ve con desconcielo que Francia es el pueblo que ha establecido en Europa la civilización que glorifica el regicidio. «Garibaldi, dice, dió oficialmente una pensión a Milan porque asesinara al Rey de Nápoles. La Italia revolucionaria está empeñada en elevar a Orsini estatuas y templos.» ¿Con qué títulos se queja Francia de la repetición de regicidios atentados? Tal es la conclusión que se deduce de las anteriores premisas y hechos que leemos en el *Univers*.

No debe extrañar a nadie que en Italia haya sucedido y tenga lugar en el futuro lo que dejamos consignado en el párrafo anterior. Italia es el campo más fértil de todos los campos en que la revolución ha depositado su mortífera semilla. En ningún país ha producido esta fructuosa tan copiosos. Presentes están en la memoria de todas las horribles explosiones demagógicas que allí han acaecido, y hoy mismo Garibaldi con sus trabajos y el Gobierno florentino con sus aquesencias y, según todas las probabilidades, con su cooperación, están hacinando materiales para que en breve se verifique en los Estados Pontificios una nueva erupción revolucionaria mucho más tremenda que las anteriores.

Las últimas correspondencias de Florencia llaman con este motivo la atención de las gentes sobre el aplazamiento del viaje del Rey Víctor Manuel a París. ¿Se teme ó se espera en ese tiempo un nuevo golpe por parte de Garibaldi? Hé aquí lo que aquellas se preguntan ante la observación anterior. Si se teme el golpe, la causa de la detención del monarca italiano será sin duda el deseo de impedir las empresas garibaldinas; si se espera, el motivo no puede ser otro que la intención de contribuir secretamente al rápido triunfo de los planes demagógicos y el de no comprometerse a proceder de otra manera ó el

de disgustar en caso contrario con la indocilidad y la ingratitud al Emperador Napoleón. ¿Se teme ó se espera, repetimos, una intentona revolucionaria? Nuestros lectores tienen la ilustración suficiente para contestar con exactitud a esta pregunta con las noticias que ha publicado estodias EL PENSAMIENTO.

Lo que no parece tan probable es que el Gabinete actual del *pamante reino* vea los acontecimientos que no se temen sino se esperan en los Estados Pontificios. Las Cámaras italianas, según todas las noticias que tenemos, se proponen combatir la convención Ferrara-Erlanger, y se cree probable, si se respetan las prácticas parlamentarias, que los hombres de la izquierda, esto es, los liberales avanzados, los revolucionarios á cara descubierta asalten antes de poco las poltronas ministeriales. ¿Cómo no han de combatir las Cámaras de Italia un proyecto financiero que no sirve para cubrir las necesidades del momento? Si las Cámaras italianas admitieran el proyecto de Ferrara, se parecerían a la familia que viendo a uno de sus individuos a las puertas del sepulcro, á merced de una pulmonía fulminante, aceptaba las medicinas para el momento en que no solamente hubiera hecho crisis la enfermedad á muerte ó á vida, si que para el día en que, ó el paciente no se acordará ya de haber sufrido tal enfermedad, ó sus deudos se hubieran olvidado que vistieron de luto á consecuencia de haberle perdido. Italia es un enfermo pulmonario, y necesita remedios eficaces y perentorios. ¿De qué le sirven los ingresos mezquinos y lentos que se proporciona Erlanger con las emisiones de bonos y con toda aquella jerga de valores, réditos, plazos y otras zarandajas? El *amigo Ferrara* se está luciendo.

El caso es que por sus yerros ó por otras muchas causas la quijotesca nación no adquiere en Europa el prestigio que ansia. Dícese por muchos diarios que la Puerta ha dirigido una nota á la mayor parte de las Potencias de Europa, entre las que no figura el *nuevo reino*, siguiendo los consejos de Francia, Inglaterra, Austria y Rusia, y que dicha nota comprenda los extremos siguientes: Suspender las hostilidades en Creta; consultar el voto de los pueblos por medio del sufragio universal, y escrutinio de la votación por un arbitraje ó comisión europea.

A pesar de que muchos diarios extranjeros publican esa noticia, fuerza será que la demos cuarentena.

Según dice el *Memorial Diplomático*, el ministerio Rattazzi está en vísperas de retirarse de resultas de la oposición que la Cámara de los diputados se muestra dispuesta á hacer al convenio Erlanger. Entre los que rodean á Víctor Manuel parece que principia á prevalecer la opinión de que vendría á comprometerse la unidad italiana si no se organiza un Gobierno fuerte que ponga fin á los vaivenes parlamentarios, y que se insta vivamente al Rey que proclame una dictadura temporal. Por su parte, el partido de acción agita las masas, y Garibaldi, con Mazzini en segundo término, organiza secretamente un nuevo levantamiento.

Parece que el Emperador Napoleón devolverá la visita á los soberanos que han ido á París con motivo de la Exposición Universal. Los periódicos de Berlín dicen que se hacen ya grandes preparativos en el palacio Real de Prusia para hospedar al Monarca francés.

Un despacho de Nueva-York del 7 dice que los juaristas han salido de Querétaro y marchan hacia Méjico, llevando como prisionero de guerra al Emperador Maximiliano.

Entre todas las noticias que los periódicos franceses publican con motivo del atentado del bosque de Bolonia, ninguna nos ha parecido más digna de notarse que la de que el regicidio está en la misma prisión en que fué encerrada María Antonieta.

## EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 11 DE JUNIO DE 1867.

### LIBERTAD DE ENSEÑAR.

Entre las cuestiones que hoy se ventilan en la prensa y en los Parlamentos, en España y en el extranjero, es una de las más importantes la cuestión de enseñanza, según confesión de cuantos en un sentido ó en otro tratan de la cosa pública y de los intereses morales de la sociedad. EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, fué de los primeros en llamar la atención sobre la trascendencia importantísima de todo lo que afecta á la pública enseñanza, poniendo de manifiesto algunos gérmenes de corrupción, ocultos entonces para muchas personas y bien evidentes ahora por los funestos resultados que han sido y son su natural consecuencia. Cuando el

autor de los *Textos vivos* y de los *Textos muertos* publicó en este periódico aquella larga serie de artículos, algunas personas se sonrieron con desden, otras se asustaron, sorprendidas de ver á la juventud en camino de un abismo, las mas no hicieron caso y dejaron que las cosas siguiesen el curso emprendido. Pasó, sin embargo, poco tiempo hasta que algunos padres viendo en sus hijos los efectos de cierta educación, acudieron al Gobierno en demanda de remedio general al daño que á ellos en particular les afligía y contristaba; los Prelados de la Iglesia, maestros y guardadores de la verdad y de la moral, acudieron también; multiplicáronse las exposiciones, firmadas por gentes de toda condición, y el Gobierno creyó llegado el caso de manifestar, que hacia algo.

Desde algunos años há todos los ministerios han debido pensar en la cuestión de enseñanza, y mirarla con mucho respeto, porque ha adquirido tal magnitud que es la que sirve para conocer los intentos y la política de cada Gobierno, juzgándose por la manera de resolver cualquier incidente que se roce con la enseñanza pública, aunque no sea más que el expediente de suspensión ó reposición de un catedrático.

Pero jamás la instrucción pública había, como en estos últimos días, servido de arma de oposición y de arma principal contra un Gobierno. En el Congreso y en el Senado y en las columnas de los periódicos—el cuarto poder—se ha acusado al ministerio de hacer retrogradar al sol de la ciencia hasta los tiempos del más negro oscurantismo, de poner la enseñanza en manos de los Obispos, de volver á aquellos tiempos en que, encadenado el ingenio español por la inquisición y el fanatismo, no sabía traducir un *vaudeville* ni mezclar palabras francesas con las castellanas, bien que en cambio edificaba á San Juan de los Reyes y el Escorial, y escribía el Quijote y demás obras que aun circulan por todo el mundo traducidas en todas las lenguas.

¿Qué hay de verdad en todo esto? ¿Por qué se levanta esa bomba de oposición sobre algunas disposiciones del actual Gobierno? ¿Es cierto que este intente cubrir el suelo español como con manto funeral con las tinieblas de la ignorancia? ¿Será verdad que los que hemos aplaudido algunas de estas reformas, juzgado otras con alguna severidad y echado de menos muchas, somos enemigos de la luz y del progreso? Si esto último fuera verdad, seríamos nosotros ciertamente dignos de lástima, porque en el estado de ceguera en que se nos supone, creemos ser los mejores amigos de la buena ciencia y del progreso verdadero.

Lo que hay en esto, es que al fin todo el mundo ha conocido la importancia de la pública educación, persuadiéndose de que para impedir que el agua corra clara ó cenagosa, el medio más seguro es conservar limpia ó enturbiar la fuente: es que conmovida la opinión pública é interesada ya en resolver el problema capital, mira su solución, cualquiera que sea, como dato seguro para conocer el resultado de todas las otras cuestiones.

Porque esta les entraña todas. Cualquier Gobierno que tenga convicciones fijas acerca de las doctrinas destinadas á levantar otra vez á esta patria abatida, y halle tiempo, en medio del trabajo de la política, para mirar al porvenir, deseará que su modo de pensar se arraigue, que las opiniones que estima mejores se generalicen, y, siendo la manera más cierta de lograrlo, el infiltrarlas en la enseñanza y derramarlas gota á gota sobre las inteligencias aun no ocupadas de los jóvenes, procurará apoderarse y valerse de este medio.

Bien se comprenderá que aquí no hablamos de la enseñanza de matemáticas ni de si esta asignatura ha de preceder á aquella en el orden de su exposición: cuestiones de método y de circunstancias, que, si bien de suma importancia, la tienen muy inferior á las que afectan á la Religión y á la moral. Después de tanto como se ha escrito sobre si la lógica ha de preceder á las otras ciencias para facilitar ó ordenar los conocimientos á proporción que el alma los va adquiriendo, ó si es preferible adquirir antes esto para que al estudiar la lógica haya materia dispuesta para aplicar sus leyes, aun los autores pedagógicos no han podido ponerse de acuerdo en si conviene comprar *antes la casa ó los muebles*. Prescindiremos, pues, de accidentes y cuestiones de por menor para tratar solamente la cuestión principal, que para nosotros y, si no estamos equivocados, para los demás, es la cuestión de libertad de enseñanza.

Mas, antes de seguir adelante, no será inoportuno, sino muy conveniente y acaso necesario, distinguir dos cuestiones, que siendo por su naturaleza muy diferentes, suelen designarse con el mismo nombre, produciéndose en este caso como en muchos otros, grave confusión ocasio-

nada por demás á incurrir en error y abrir paso al sofisma. Son la libertad de enseñar, y la libertad de enseñanza.

La libertad de enseñar ¿quién no la ama? Y quién la ama con mas afecto que la Iglesia católica, que cuenta muchos mártires de la enseñanza, que ha creado congregaciones de hombres como la de los Benedictinos, Escolapios y Jesuitas, para propagarla en todas las clases sociales, que ha iniciado y protegido las universidades y escuelas, que ha reclamado siempre que ha sido necesario y reclama ahora con energía é incansable insistencia esta sagrada libertad? La Iglesia no solamente ha defendido la libertad de enseñar donde quiera que la ha visto atacada, sino que ha estimado el uso práctico de ella como la primera de las obras de misericordia espirituales publicándolo para que llegue á noticia de todos, por decirlo así, en el Catecismo, que es el único libro que deben saber todos sus hijos, aun los que desconocen el alfabeto; y ha llenado de privilegios y concedido todo linaje de distinciones á los que se dedican á esta provechosa obra de caridad.

¡No! Los que nos inspiramos en el espíritu de la Iglesia, no nos oponemos á la libertad de enseñar; antes por el contrario, la deseamos completa, omnimoda para que los que han recibido del cielo esta vocación puedan seguirla y desempeñar su nobilísimo encargo sin trabas de ninguna especie, sin hallar ningún obstáculo en su carrera. Que la enseñanza se propague, se extienda por todas partes, lo llene todo, como el aire, con su saludable influencia, este es nuestro deseo; á los que la distribuyan con mano prodiga é intencion recta, ¡paso libre! Cúbrase de flores la senda que han de pisar sus pies, y resuenen en sus oídos justas alabanzas y acciones de gracias que sirviendo de alguna remuneración á su trabajo les aliente á proseguir! ¡Bienaventurado el hombre á quien la muerte encuentre ejerciendo tan hermosa obra de caridad!

Tales son nuestras aspiraciones. Véase, pues, cuán injustamente nos calumnian quien nos atribuye la idea de reducir el número de maestros y de coartar la libertad de enseñar.

La limitación de esta libertad no ha nacido de la Iglesia: el primero que intentó ponerla, lo hizo contra la Iglesia; y su nombre es todavía pronunciado con horror por los verdaderos fieles. Un hombre de mucho talento y rico de poder, un tirano apostata, defensor fanático del decrepito paganismo, no porque tuviese fe en él, sino para dar satisfacción á su orgullo, y porque esperaba servirse de él para robustecer su poderio, creyó que el medio más fácil y seguro de lograrlo era *secularizar* la enseñanza, quitando á los católicos la libertad de darla á sus hijos. Los que con vanos pretextos encadenan también ahora la enseñanza, queriéndola secularizada, discípulos son ó imitadores del apostata Juliano; los que veneramos á los Apolineses, á los Gregorios, y á tantos otros varones á quienes el mundo es deudor de gran parte de la ciencia que posee, conservada á costa de invalorables sacrificios, no podemos aprobar las leyes mezquinas y los reglamentos meticulosos de nuestro tiempo que limitan á un corto número de sujetos el poder enseñar, y privan á clases y comarcas enteras de la facultad de instruirse.

En España comenzó de una manera general á impedirse la enseñanza, á coartarse la libertad de darla en tiempos del celebrado Rey Carlos III. El ánimo se entristeció al leer en la Novísima Recopilación tantas cédulas reales privando á los conventos de dar la enseñanza, privando á los seminarios, obligando á venir á Madrid á tomar título para enseñar latin, etc. Verdad es que aquellas reales disposiciones generales se anulaban poco á poco por otras disposiciones particulares que devolvieron el derecho de hacer bien á los indicados establecimientos á petición de la Iglesia, que como siempre salió en defensa de la verdadera libertad; pero la simiente estaba echada, y ninguna fructifica tan pronto como la de la lisonja y del despotismo.

Sería fácil, pero pesado, hacer la historia de la manera con que en lo que va de siglo se ha venido circunscribiendo á determinadas clases la facultad de enseñar, limitando, encadenando, quitando esa libertad preciosa que para muchos es un deber, de cuyo cumplimiento darán cuenta á Dios; mas de esta historia, de pocos enteramente ignorada, resulta que á proporción que con mayor esfuerzo se ha gritado *¡libertad!* se han remachado las cadenas opresoras de la inteligencia; á proporción que se decía *¡luz!* se han cerrado las ventanas que daban paso á los rayos vivificadores del sol; á la voz de *¡progreso!* se han obstruido sus vías; y al paso que se halagaba á las clases pobres con utópicos ensueños que nunca serán una realidad, se les ha quitado los establecimientos en donde encontraban el pan del cuerpo y el alimento del alma,

y se ha destruido la escalera por donde sus hijos llegaban á las altas dignidades, monopolizadas en adelante por las clases acomodadas, únicas que pueden dar carrera á sus hijos, porque solamente por pocas personas y en determinados lugares se puede adquirir la instrucción.

Todo esto lo han hecho los hombres de cierta escuela moderna: contra todo esto han protestado los hombres adictos á la Iglesia. ¿Quién defiende y quién ataca aquí la libertad, la ilustración, el progreso verdadero?

FRANCISCO DE ASÍS ACULAR.

## LOS FUEROS VASCONGADOS.

CARTAS A UN SENADOR.

6.ª y última.

Excmo. señor: Voy á terminar esta serie de cartas que me he tomado la libertad de dirigir á V. E. Harto he abusado de su atención, y de seguro que la paciencia de los lectores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL debe hallarse fatigada y aburrida.

Quédame solo, por conclusion, ocuparme si quiera sea someramente y á la ligera de lo que ha dado en llamarse el *statu quo foral*, mejor dicho, la *situación legal* de las provincias Vascongadas. Que la historia uniendo su voz á los más tenaces enemigos de nuestra causa nos declare vencidos; que en el terreno del derecho escrito salgamos mal parados, importa mucho á la proverbial hidalguía y constante nobleza del pueblo euskaro; pero su situación actual se halla más acá de la cronología de la historia y de las apreciaciones y razones sociales de nuestros adversarios. La causa de los *Fueros* hay que considerarla encerrada en los artículos de la ley constitucional de 25 de Octubre de 1859. Esa ley nos protege, esa ley nos defiende, esa ley nos ampara. Examinemos esa ley.

Es indudable, como decía el Sr. Arrazola, que las provincias vascongadas al empezar la guerra civil tenían sus *Fueros*; no hay duda tampoco de que en el convenio de Vergara fueron confirmados en principio completando después esta confirmación las Cortes del Reino y la Corona de Castilla, en virtud de la ley constitucional á que me refiero.

Dice esta en su artículo 1.º: «Se confirman los *Fueros* de las provincias vascongadas y de Navarra, sin perjuicio de la unidad constitucional de la Monarquía.» La interpretación de este artículo motivó largas y empeñadas luchas en las tribunas del parlamento, quedando por encima de las apreciaciones la idea, la expresión, el pensamiento concreto y la versión auténtica y autorizada del Gobierno de la Reina *confirmando* verdadera, real y formalmente los *Fueros* vascongados. Se confirman los *Fueros*; observe V. E., Excmo. señor, que dice se confirman y no dice se conceden, advierte V. E. que la palabra que se emplea es la misma que usaron los Reyes de España, la que emplearon por espacio de seiscientos años treinta monarcas.

No cabe duda Excmo. señor, que después de una guerra tenaz y sangrienta en que el valor rivalizó con el valor, el denuedo con el denuedo y la bravura con la bravura, la promesa debió ser formal, y segura la garantía; después de un convenio en cuya primera página se escribió la palabra *fueros* y á cuyo eco respondió un *abrazo*; la ley que sancionara aquel convenio debía de ser por fuerza digna de las Cortes españolas y del honor de la Monarquía. De otro modo empleando una interpretación torcida y violenta que se hallara en pugna con la verdad de los sentimientos nobles y caballeros de la nación española, solo se concebía el escarnio, la irrisión, la mofa y el baldón al día siguiente de las batallas, cuando aun estaban armados los pabellones en los campamentos, cuando los regueros de sangre humeaban en los caminos y veredas, cuando todavía ardía la mecha al pie de las cureñas de la artillería. España es la patria de los caballeros y rechaza indignada la suposición si quiera de semejante ultraje inferido á la bandera de su honor; quien tal piense es que no ha levantado lo ojos bastante para mirar toda la altivez de una Monarquía ilustre.

Conste, pues, Excmo. Sr., que á no ultrajar el nombre de la Reina, á no mancillar torpemente los blasones más preciosos de las Cortes y de la nación entera, el artículo 1.º de la ley de 25 de Octubre *confirma* sincera, formal y lealmente los *fueros* de las provincias Vascongadas.

Establece el art. 2.º, Excmo. Sr., que el Gobierno tan pronto como la *oportunidad* lo permita y *oportunamente* á las provincias Vascongadas y á Navarra, propiamente á las Cortes la modificación indispensable que en los mencionados *fueros* reclame el interés de las mismas conciliado con el general de la nación y la Constitución de la monarquía, resolviendo entre tan-



to provisionalmente y en la forma y sentido expresados las dudas y dificultades que puedan ofrecerse, dando de ello cuenta a las Cortes.

En el primer artículo, señor senador, se confirma los fueros; en este segundo ya se habla de modificación; pero ¿con qué trámites, excelentísimo señor; con qué reglas, con qué condiciones? Ante todo se manda que la proposición de modificación de los fueros, no pueda hacerse sino juzgando primero de la oportunidad y oyendo antes a las provincias Vascongadas.

Grandes, altísimas, poderosas son las prerogativas y atribuciones de las Cortes; pero la ley no las da derecho de iniciar la modificación de fueros: el Gobierno tiene el de juzgar con su prudencia y su celo de la oportunidad, y antes de proponerla ha de consultar por fuerza a las provincias Vascongadas.

Además, siguiendo el texto legal, la modificación que el Gobierno proponga ha de ser reclamada como indispensable por el interés de las mismas provincias: ante semejante condición, señor senador, no necesito llamar vuestra atención para que comprendáis el indisputable y sagrado derecho que se reconoce a los pueblos de allende el Ebro, y eso es natural, es equitativo y es justo; ellas pueden ejercerlo libremente y si hubiera trabas, si hallaran oposición en tan sagrado ejercicio, no tienen más que apelar a esa ley constitucional que las respeta y que las considera en alto grado.

Concluye el art. 2.º mandando que entre tanto se resuelvan provisionalmente las dudas y dificultades que puedan ofrecerse. Tan terminante es la ley, tan categóricas sus palabras y tan claro su sentido.

Según ella, Excmo. señor, aparece la cuestión foral con toda la fuerza de la legalidad, en todos sus detalles, en todos sus pormenores, hasta en sus más delicados perfiles. El día que el Gobierno de la Reina, después de llenar previamente todos los requisitos legales, proponga a las Cortes la modificación de los fueros, tendrá que volver los ojos al modo de ser de las Provincias en el tiempo de la promulgación de la ley. Habrá de salvar por fuerza los años transcurridos y prescindiendo de vicisitudes y de anomalías, fijará su punto de partida en los momentos del Convenio de Vergara.

La situación actual de los Fueros no puede presentarse ante los artículos de la ley; los Fueros que se someten a modificación han de ser los que las provincias Vascongadas conservaban el año de 1859; de otro modo se ha burlado el espíritu de esa ley; no siendo así, se desprecia su mismo texto. Las modificaciones que desde el año 1859 hasta hoy han sufrido los Fueros vascongados, no pueden formar estado en el terreno de la legalidad. Esas modificaciones habrán obedecido tal vez a la necesidad de las circunstancias y a la razón de los acontecimientos, pero no han nacido de la ley; serán si se quiere hechos consumados; pero jamás podrán ser revestidos de la santidad que da el derecho; la ley de 25 de Octubre de 1859 los juzga; esa ley los rechaza, esa ley los condena; y, señor senador, todos los actos que han contravenido a una ley constitucional que protege los Fueros se llaman aquí, pecados constitucionales; allí contravenciones.

Al reunirse foralmente las juntas vascongadas los examinan, los lamentan, y antes de volver los procuradores a sus pueblos, levantan una protesta respetuosa y digna, y el corregidor que preside, la escucha y firma el acta. La protesta señor senador, es el arma de los débiles y de los pacíficos; pero ante ella, toda prescripción muere y el derecho vive.

He concluido, señor senador; réstame solo cumplir con V. E. un deber de cortesía que mi caballerosidad no puede declinar. Al cerrar todos los días mis cartas ofreciendo a V. E. el testimonio de mi consideración, he sido franco, he sido leal, no escribía una palabra vana, decía la verdad. Hoy me despidió V. E. pidiéndome que me juzgue con justicia; si al correr la pluma he dejado caer sobre el papel alguna palabra dura y agena de la consideración que V. E. merece, recordad, señor senador, que las ofensas que habeis dirigido al nombre de mi país, a la honra del pueblo euskaro y a la lealtad de sus hijos, abrieron honda herida en mi sentimiento; no he querido imitarlos en la deslealtad ni en la ironía, prefiriendo que al menos, quedarais vencedor en esos campos, yo hujo de ellos por costumbre y tendré siempre valor para levantar la pluma antes que verla manchada.

Repito, señor senador, hacémele justicia; si vos no me la hacéis, he oído ya el fallo de mi conciencia y estoy contento. Mi pluma es débil y si no he conseguido hacer con ella una defensa, digna de los fueros vascongados, me cabe al menos la satisfacción y el consuelo de haber escrito mi nombre al pie de unas instituciones seculares que amaré toda mi vida.

Adios, señor senador; me repito de V. E. con la mayor consideración y respeto, su seguro servidor Q. B. S. M.

MIGUEL LOREDO.

El domingo por la tarde comenzó a circular por Madrid la noticia de que el Sr. Calonge se retiraba del ministerio por no estar conforme con los planes rentísticos del Sr. Barzanallana. Ayer lunes nadie ignoraba que era un hecho la retirada del Sr. Calonge, a quien reemplazaba en el ministerio de Estado D. Alejandro Castro y a este en el ministerio de Ultramar el señor D. Carlos Marfori, gobernador de Madrid.

Ayer a la una de la tarde juraron en efecto sus respectivos cargos ambos señores y ayer también tomó posesión del gobierno de provincia D. Car-

los Fonseca que desempeñaba la dirección de Agricultura en el ministerio de Fomento.

He aquí ahora cuanto refieren los periódicos acerca del asunto:

Dice La Epoca:

«Para nadie es un secreto en Madrid que el sábado se celebró un largo Consejo de ministros con el objeto de examinar las medidas de crédito propuestas por el señor ministro de Hacienda, y de las cuales la prensa se viene ocupando largamente. Si por lo que públicamente se ha contado hubiéramos de deducir lo ocurrido en dicho Consejo, aseguraríamos que alguno de los consejeros responsables se manifestó abiertamente contrario a una parte de las medidas proyectadas, y otros consideraron conveniente un estudio más detenido de la cuestión que principalmente afecta a los mercados ingleses, aunque conviniendo en la necesidad de resolverla oportunamente en atención al derecho adquirido por los acreedores desde el año anterior.

Algo debe haber de verdad en todo esto, puesto que hoy ya es un hecho que el Sr. D. Eusebio Calonge se ha retirado del ministerio, que le reemplaza en el de Estado el Sr. D. Alejandro Castro, y que entra en el de Ultramar el Sr. D. Carlos Marfori. No es cierto el nombramiento del señor Bonafax para el gobierno de Madrid. Los Sres. Castro y Marfori han jurado hoy a la una sus respectivos cargos, y mañana se dará cuenta a las Cortes de los decretos rubricados anoche. También creemos que mañana llevará sus proyectos al Congreso el señor ministro de Hacienda.

Dice El Imparcial:

«Por consecuencia del Consejo de ministros celebrado ayer tarde después de la reunión de los señores senadores de la mayoría, el señor general Calonge ha presentado su dimisión, la cual ha sido aceptada, sustituyéndole en la cartera de Estado el Sr. Castro, al que reemplaza en el ministerio de Ultramar el Sr. Marfori.

La disidencia del Sr. Calonge, según nuestras noticias, se funda en considerar de la propia manera para el presente y para el porvenir una cuestión de Hacienda que viene ofreciendo dificultades para el uso del crédito.

La Correspondencia escribe:

«Hoy a la una del día han jurado en manos de S. M. la Reina los cargos de ministro de Estado y Ultramar, los señores Castro y Marfori. Mañana se dará cuenta a las Cortes de la dimisión del señor Calonge y de la modificación ministerial ocurrida con este motivo.

—El Sr. D. Carlos Fonseca, nombrado gobernador de Madrid en reemplazo del Sr. Marfori, ha estado ya hoy en el gobierno de provincia y tomado posesión de su nuevo cargo.

No es la anterior noticia la única importante que ayer circuló en Madrid. También se dijo y al parecer con fundamento que S. M. la Reina ha determinado asistir a las fiestas del Centenario de San Pedro en Roma con la Infanta Doña Isabel, visitando a la ida o a la vuelta la Exposición de París. Dijose igualmente que su majestad el Rey y el Príncipe de Asturias irían después a París. A S. M. la Reina acompañará el presidente del Consejo de ministros.

Nosotros, como amantes hijos del gran Pontífice Pío IX, nos alegraríamos de que tuviese la satisfacción de ver a su lado en el aniversario secular de San Pedro al único Monarca en el mundo, cuyo territorio conserva íntegra por la misericordia de Dios la unidad religiosa.

Acerca de los proyectos del señor ministro de Hacienda, causa al parecer de la crisis parcial por que acaba de pasar el ministerio de Narvaez, leemos en varios periódicos de anoche las noticias siguientes:

—Mañana se leerá en el Congreso el proyecto de ley sobre arreglo de las deudas amortizables, asunto que una vez resuelto implica la apertura de los mercados de París y Amsterdam a nuestros valores, y probablemente la posibilidad de un considerable auxilio a las empresas de ferro-carriles españoles.

—Los dos primeros proyectos que presentará el señor ministro de Hacienda a las Cortes serán el de caducidad de créditos y el del Banco de crédito territorial.

—El proyecto de ley sobre caducidad de créditos tardará pocos días en ser presentado a las Cortes.

—El proyecto de ley sobre creación de un banco hipotecario está muy adelantado; pero aun no se sabe cuándo se presentará a las Cortes, por más que esto deba ser muy pronto. En la creación de este establecimiento nacional se dá por seguro que tomarán una parte muy importante, en unión con el Sr. Fremy, los hombres catalanes dedicados a los asuntos financieros. De modo que es muy posible que las sucursales catalanas sean sostenidas e intervenidas por capitalistas catalanes, idea que parece muy razonable en principio.

—El proyecto de ley sobre reconocimiento de cupones, en opinión de personas por lo general bien informadas, no podrá presentarse en esta legislatura.

También nosotros hemos oído que no llegó a tratarse en Consejo de ministros de la cuestión del reconocimiento de cupones.

Insertamos hoy el discurso pronunciado el último sábado en el Congreso de diputados por nuestro antiguo compañero de redacción el señor D. Gabino Tejado. Nos es sumamente grato vernos apurados por la inserción de tantos discursos como se pronuncian por nuestros amigos en defensa de los sanos principios y de los intereses religiosos, discursos estimabilísimos por la solidez de la doctrina, pero más aun por el calor del sentimiento que los anima.

El Sr. Tejado, cuyo talento filosófico han tenido ocasión de apreciar nuestros lectores cuando honraba con sus escritos las columnas de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, se atrevió a una empresa difícil en un Parlamento. En ellos ordinariamente se tratan las cuestiones, sino con su-

perfidia a lo menos con cierta ligereza y bajo su aspecto práctico, huyendo, los que conocen los principios metafísicos, de hacer aplicación de los mismos por el fundado temor de que no podrían captarse la atención de Asambleas poco acostumbradas a oír su aplicación en las luchas ardientes de la política. Pero la solidez y profundidad de los principios que sustentó el Sr. Tejado, envuelta entre las galas de una elocuencia fácil, espontánea y chispeante, lejos de causar molestia al Congreso, lo tuvieron al contrario pendiente de los labios del orador.

Es digno de notarse, que casi todos, o todos los oradores que sustentan en el Parlamento las doctrinas que nosotros en el periódico, al hablar en los varios asuntos de que han tratado, han manifestado una aversión cordial a la centralización que creen causa de muchos males morales y materiales. Han obrado por su propia inspiración, pero parecía que obedecían a una consigna, según ha sido unánime el empeño en probar este abuso que el liberalismo ha inventado para matar las libertades de los pueblos. En el discurso que hoy insertamos se trata de lleno la cuestión, y lo habría sido aun más luminosamente, si el señor presidente de la Cámara no hubiese creído que no podía darse tanta extensión a una materia que juzgó que solo tenía una relación indirecta con la cuestión de presupuestos. Felicitamos al Sr. Tejado y a sus compañeros por la brillante campaña que sostienen en el Congreso.

Disgustado sin duda EL ESPAÑOL con la crisis, y buscando motivo para entretener a sus lectores sin contarles la historia de aquel suceso, que debe conocer al dedillo, el diario ministerial la emprende hoy con nosotros de una manera inusitada. Sosiéguese, ante todo, EL ESPAÑOL, que nosotros no hemos de disputarle el puesto que desde ahora le cedemos por el día en que suban, si suben al poder, los llamados por él neocatólicos. Y nosotros, entendiéndolo bien EL ESPAÑOL, estaremos entonces en nuestro puesto, y él en el suyo; que el diario ministerial no debe haber olvidado que interin él abogaba con el ardor de un neófito por la candidatura del señor Nocedal para presidente del Congreso, nosotros sosteníamos el proceder de aquellos diputados monárquico-religiosos que se separaban de sus compañeros y se abstuvieron de votar en la gran cuestión de confianza que han discutido las Cortes. Decimos esto para que EL ESPAÑOL se persuada de que así como en nosotros no hay nada que se asemeje a una cantera ministerial, según digimos en nuestro prospecto, tampoco tenemos la ductilidad que se requiere para oponerse primero, siquiera sea con el silencio a una elección, defenderla después fervorosamente y volver a atacarla en seguida, todo en el corto período de algunos días. Dese ahora caemos en la cuenta de que si EL ESPAÑOL acepta la plaza de ministerial, que con el mayor gusto le ofrecemos, no se verá en esas amarguras. Hay ministerialismos que cuestan menos, inmensamente menos que otros, y esto debe saberlo EL ESPAÑOL ducho en la materia, mejor que EL PENSAMIENTO, que siempre ha militado en la oposición.

Pero volvamos al artículo de EL ESPAÑOL; aunque bien pensado, al artículo de EL ESPAÑOL no podemos contestar por ahora; circunstancia que agrava la conducta del periódico ministerial, y que debió tener presente para no ensañarse en quien ni aspira a reemplazarle ni tiene siquiera suscripciones relativamente a las que cuentan los demás periódicos monárquico-religiosos. Porque han de saber nuestros lectores, que EL ESPAÑOL muestra tal desprecio al contestarnos, que no contento con valerse en contra nuestra de hechos falsos, nos echa en cara el corto número de suscriptores que, según el cuenta EL PENSAMIENTO.

No puede llegar a más.

Según nos dicen de Salamanca, el virtuoso Prelado de aquella diócesis ha suspendido su viaje a Roma, para el cual tenía todo dispuesto, incluso el pasaporte, por tener que encargarse de la administración apostólica de la diócesis de Ciudad Rodrigo, conforme a los deseos del excelentísimo señor Nuncio y del Gobierno de su majestad.

El ilustrísimo señor Obispo de Calahorra ha pasado las Pascuas en Logroño, a donde ha ido a tomar el descanso necesario después de haber visitado gran número de pueblos de su diócesis. Hoy, según nos escriben de aquella ciudad, ha debido celebrar de Pontifical por ser la fiesta del Patron de la capital de la Rioja.

Según los periódicos de Portugal, el Sr. Rios Rosas no saldrá de Lisboa para Madrid hasta fines del presente mes.

Se ha concedido el retiro al comandante D. Joaquín Meana, al coronel D. José de Moy, al comandante D. Rafael Campos, al teniente coronel don Prudencio Giaurini, al teniente coronel D. Ramón Montes y Gil de Bernabé, y al comandante D. Anastasio Carazo.

La Gaceta publica hoy el estado que demuestra la recaudación verificada por las aduanas de la isla de Cuba en todo el mes de Abril último, comparado con igual período del año anterior. De este estado resulta que en Abril de 1867 se han recaudado de menos 5.531,546 rs., y esto después de aumentar a los ingresos efectivos los que se calculan que hubiesen tenido lugar a no haberse dejado de cobrar los derechos de exportación, que,

como nuestros lectores saben, está mandado que no se cobren por algún tiempo.

Se ha declarado de Real orden, de conformidad con lo informado por la sección de Ultramar del Consejo de Estado, que proceden las entradas de buques en los puertos habilitados de la isla de Cuba, cualquiera que sea el objeto por el cual lo verifiquen.

Los comisarios régios de los Bancos no tendrán derecho mientras desempeñen estos cargos al abono de servicios para sus clasificaciones, según el dictamen de la comisión de presupuestos.

La segunda parte del art. 3.º del proyecto de ley de presupuestos ha sido aprobada por el Congreso con la siguiente enmienda:

«El Clero cuyas asignaciones están determinadas y garantidas por convenciones solemnes con la Santa Sede, será invitado a someter aquellas voluntariamente al impuesto del 5 por 100 señalado a las demás clases del Estado.

Según aseguran personas al parecer bien informadas, el Sr. Gonzalez Brabo está dispuesto a modificar en un sentido favorable a los autores y editores de obras científicas y literarias el real decreto sobre tarifas de correos.

Se han concedido las siguientes condecoraciones de la orden militar de San Hermenegildo: Gran cruz, al teniente general conde de la Cana, director de caballería.

Placas, a los coroneles D. José Molina; D. Felipe Dolsa; D. Francisco Bujanda, y D. Miguel Fernandez de la Puente; y a los tenientes coroneles don Juan Canapa; D. Ramón Gonzalez; D. Luis Macías, y D. Ramón de Careaga.

Cruces sencillas a los tenientes coroneles D. Diego Navarro, y D. Fernando Primo de Rivera; a los comandantes D. Francisco Dugi, y D. Mariano Quesada; a los capitanes D. Rafael Alberico; D. Nicolás Pastor; D. Juan Alen; D. Pedro Orabe; D. Carlos Sanchez, y D. Antonio Monleon, y a los tenientes D. Mauricio Palacios; D. Pascual Dominguez; D. Leonardo Legaz; D. Juan Alcobér; D. Leonardo Garrido; D. Cesáreo Fernandez; D. Serafín de Auredre; D. Víctor Velasco; D. Joaquín Arévalo, y D. José Malo.

En el tren-correo de Madrid llegó el viernes a Alicante y se hizo cargo del gobierno militar de aquella plaza, el brigadier S. Mogrobojo.

Las alteraciones hechas por el Congreso en el articulo del proyecto de ley, son las siguientes:

Art. 16. Los empleados percibales de la renta de aduanas, aprobada que sea la escala que debe formarse, según lo prevenido en la instrucción de 15 de Enero último, ascenderán en las vacantes, concediendo la mitad en clase al turno de la antigüedad rigurosa, y la otra al turno de elección entre los empleados activos y cesantes.

En los ascensos por antigüedad no será necesario que los empleados lleven dos años de desempeño efectivo del destino para que entren en el sistema del sueldo de la clase superior inmediata.

Art. 18. Se consideran como base o arranque de carrera los servicios prestados en el ejército desde la clase de soldados, con inclusión de los milicianos nacionales movilizados, y en su consecuencia los que hayan ingresado o ingresen en las carreras civiles después de la ley de 25 de Mayo de 1845 tendrán derecho a cesantías, si reúnen las demás circunstancias de tiempo de servicio, y cesar en destinos a que correspondan estos derechos.

Art. 20. Se autoriza al Gobierno para realizar las bajas y economías que considere convenientes en los diversos servicios, aunque estén organizados por leyes especiales, a fin de disminuir el déficit que resulte, dando después cuenta a las Cortes.

La comisión de presupuestos del Congreso en su dictamen autoriza al Gobierno para que, sin exceder del presupuesto de gastos, pueda plantear la reforma industrial y administrativa del ramo de sales, variando el sistema ahora establecido.

Dicen de Londres que el ministro de Negocios extranjeros anglo-americano, Sr. Seward, ha dirigido un despacho al representante de aquella Potencia en Madrid, asegurándole que España ha aceptado una conferencia con objeto de arreglar la cuestión con las repúblicas de la América del Sur, a condición de que el tiempo que haya de durar la conferencia y los poderes de que el árbitro esté revestido se determinen previamente. El Sr. Seward anuncia que si la conferencia no tiene éxito satisfactorio, el presidente Johnson nombrará de buena fé un árbitro imparcial; pero que si España persiste en exigir la determinación previa de los poderes del árbitro, los Estados-Unidos retirarán sus proposiciones.

El general Calonge, que se ve obligado, según dicen, por motivos de salud, a salir de Madrid por una temporada, probablemente detendrá su viaje hasta que terminen las discusiones pendientes en el Senado.

En la reunión de los senadores de la mayoría, celebrada anteayer, se convino en la necesidad de permanecer en Madrid hasta la terminación de los presupuestos y demás asuntos pendientes, todos los senadores a quienes circunstancias muy especiales no obliguen a salir de esta corte.

Hoy se presentará al Senado el proyecto aprobado por el Congreso sobre presupuestos de ingresos. Dice que la comisión que tiene ya muy estudiado este asunto, no tardará en formular dictámenes.

Hoy se discutirá en el Senado el proyecto de ley relativo a las atribuciones de los jueces de paz.

Designase como futuro gobernador de la provincia de Teruel a D. José María Antequera.

El representante de España en Berlin, Sr. Tenorio de Castilla, ha salido de aquella capital para Sajonia y demás Estados de Alemania del Norte,

cerca de los cuales se encuentra acreditado como ministro plenipotenciario de España.

En una de las primeras sesiones del Congreso y del Senado debe darse cuenta de una exposición que dirigen a las Cortes los acreedores de deudas procedentes de Ultramar.

La junta de clases pasivas ha declarado en la primera quincena de Mayo los derechos pasivos siguientes:

«A D. Sebastian Sanchez Jurado el de 5.000 reales anuales.—A D. José de Santa Cruz y Pacheco el de 12.000.—A D. José Gonzalez Novoa el de 16.000.—A D. Nicolás Cabanas el de 5.000.—A D. Mariano Muñoz y Cabezon el de 5.000.—A D. Lorenzo Ramirez y Lopez el de 5.470 rs.—A D. Guillermo Fiel y Pons el de 4.000.—A D. Juan de Rugo y Pica el de 4.500.—A D. Rosendo Gallo el de 5.500.—A D. Luis de la Riega el de 2.000.—A D. Joaquín Lacasa el de 4.000.—A D. Manuel Artel el de 5.000.—A D. Manuel Gomez y Maniz el de 4.000.—A D. Manuel Ortiz de Zúñiga el de 50.000.—A D. Sebastian Gonzalez Nandin, el de 50.000.—A D. José Portilla el de 25.000.—A D. Juan Martín Carramolino el de 40.000.—A D. Joaquín Azcon y Ferraz el de 52.000.—A D. Gregorio Alvarez Gonzalez el de 24.000.—A D. Miguel Chacon y Durán el de 56.000.—A D. Basilio Sebastian Castellanos el de 10.000.—A D. Narciso Pascual Colomer el de 7.500.—A D. Francisco Palacios y Rodriguez el de 16.000.—A D. Benigno Dorado y Buelga el de 16.000.—A D. Manuel de las Cagigas el de 5.000.—A D. Joaquín Campuzano el de 40.000.

Respecto de exclaustrados ha declarado la misma junta a D. Antonio Pons y Sabater, Presbítero trinitario Calzado de Barcelona, sin derecho a pensión.

D. Cristóbal Ramon Falguera, Presbítero mercenario del convento de Solla, se le declaran las pensiones de 500, 400, 500 y 600 milésimas de escudos diarias respectivamente.

## CORREO DE HOY.

Siguen anunciándonos de Florencia la probabilidad de una próxima crisis ocasionada por la cuestión de Hacienda. He aquí las disposiciones más importantes del convenio de Ferrara con Erlanger:

Art. 2.º La sociedad Erlanger y compañía tendrá por su principal objeto el de garantizar al Tesoro el reembolso completo del tipo impuesto (de 25 por ciento) según el proyecto de ley sobre los bienes que en él se indican, y se obliga a entregar el total en las Cajas públicas en los plazos que serán prescritos por las leyes.

Art. 3.º Por la parte del impuesto que, según los artículos 3.º y 5.º del proyecto de ley, debe pesar sobre los bienes pertenecientes al Estado, y que han de ser enajenados según el art. 10 del propio proyecto, el Gobierno da la preferencia a la sociedad para efectuar la venta con las condiciones exigidas para asegurar el cumplimiento de la ley.

En el art. 4.º se consigna el premio correspondiente a la sociedad que consiga el 1.º en un derecho de tres por ciento sobre el total efectivo del impuesto; 2.º se emiten obligaciones de quinientos francos cada una con interés de doce por ciento y reembolsos por vigésimas partes anualmente. La sociedad no corre riesgo alguno, y va a realizar grandes beneficios. Toma el nombre de Banco hipotecario de Italia, y quiere ser anónima.

Este convenio se ha presentado en las Camaras de Italia: el día 4 del presente mes principió su examen en las secciones. Vivas discusiones se han empeñado por todas partes. La oposición ve en ello un ataque a la ley sobre las comunidades religiosas, y lo acusa de clerical, porque no se toman en seguida todos los bienes y no se venían. Los liberales moderados ven en ello un magnífico medio de enriquecerse, ofrecido gratis a los especuladores extranjeros.

Se está firmando una exposición dirigida a Victor Manuel pidiendo que cambie de ministerio.

El ministro de Hacienda del flamante reino se ha desahogado en la Cámara de los diputados de Florencia de la contrariedad que le hicieron los banqueros franceses Rothschild y Fremy, inculcando por ello a elevadas influencias. Para comprender estas palabras de Ferrara, conviene saber que los periódicos italianos habrán contado cierta historia en que figuraba como protagonista la Emperatriz de los franceses, y aun ahora insisten algunos en creer que el negocio ha sido atacado por esas altas influencias, que el poco afortunado ministro no ha tenido reparo en denunciar en la tribuna.

La conducta de Ferrara no significa mas que profundo despecho.

El día 5 de Junio se hallaban ya en Roma los Prelados siguientes:

«Monseñor Valerga, Patriarca latino de Jerusalen; monseñor Rassau, Arzobispo primado de Constantinopla de rito armenio; monseñor Fleix y Solans, Arzobispo de Tarragona; monseñor Lavastida, Arzobispo de Méjico; monseñor Munguía, Arzobispo de Mechoacan; monseñor Maddalena, Arzobispo de Corfú; monseñor Giustiniani, Obispo de Scio; y monseñor Dapanloup, Obispo de Orleans. De Italia: monseñor Fargioni, Obispo de Valterra; monseñor Valenziani, Obispo de Trianon; monseñor Spilotos, Obispo de Icarico; monseñor Ideo, Obispo de Lipari, y monseñor Lenti, Obispo de Sutri. Algunos Obispos de Oriente, a saber: los Obispos de rito armenio Nazarian, Obispo de Maridin; Gasparian, Obispo de Chipre; Aranchial, Obispo de Ancyra; Hagian, Obispo de Cesarea, Halibgiam, Arzobispo de Amasia; Balician, Obispo de Alepo; Gireghiam, Obispo de Trebisonda y Melchisedechiam, Obispo de Erzerum. Los Obispos de rito maronita son: monseñor Mashad, Patriarca de Antioquia; monseñor Bortani, Obispo de Tiro y de Sidon; monseñor Hagen, Obispo de Heliópolis y Balbeck. Entre los Obispos de rito sirio figura monseñor Marah, Obispo de Gezirra. Monseñor Massia, Obispo de Casia, Vicario apostólico de Africa, y monseñor Longuillat, Obispo de Sergiopolis, Vicario apostólico de Nankin, en China.

Los primeros de este mes se recibieron en la capital del mundo católico, según escriben de dicha ciudad 537.000 francos procedentes de los donativos hechos en España en favor de su Santidad.



## PARTE RELIGIOSA.

SANTOS DE MAYO. San Bernabé, Apóstol.—Es día de Misa.

SANTOS DE MAYO. San Juan de Sahagún y San Onofre anacoreta.—Témpora.

## CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia oratorio del Espíritu Santo, donde por la mañana habrá Misa cantada con sermón, y por la tarde preces y reserva.

Continúa la novena de la Santísima Trinidad en el Carmen Calzado, y serán oradores D. Basilio Sánchez Grande en la Misa mayor, y D. José Hernández en los ejercicios de la tarde.

También continúa la misma novena en las Arrepentidas, y predicará por la tarde D. Gregorio Montes.

Prosiguen celebrándose las novenas de San Antonio de Pádua en la iglesia anunciada en los días anteriores.

En el colegio de Loreto comienza una devota novena a San Antonio de Pádua: todos los días darán principio los ejercicios al anochecer, y predicará las nuevas pláticas D. Jaime Cardona.

VISITA DE LA CORTE DE MARÍA.—Nuestra Señora del Pilar en Monserrat, ó en San Andrés.

Se reza de la presente festividad de Pascua con rito semi-doble color encarnado, haciéndose conmemoración de San Basilio.

DISCURSO DEL SEÑOR TEJADO  
SOBRE PRESUPUESTOS.

El Sr. TEJADO: Señores diputados, aquellos de entre vosotros que me honran hace tiempo con su amistad, ó los que de cualquier otra manera tienen noticia de las aptitudes y aficiones que yo soy peculiar, saben de antemano, y sin que yo se lo diga, dos cosas: primera, que en la discusión general del presupuesto de ingresos yo no puedo ocuparme de manera alguna en hacer un análisis concreto y detallado de las cifras de que consta ese presupuesto. Yo no sé hacer esto, señores diputados; no tengo, como he dicho anteriormente, la aptitud natural para ello, ni he practicado en los estudios indispensables para hacerlo con el debido conocimiento de causa. Pero sé, señores, que en cambio, aprovechándome de la misma índole general de la discusión que en este momento nos ocupa, he de sostener alguna tesis general que sea inmediatamente aplicable al asunto que se discute. Deberé en mí hacer esta advertencia.

Me propongo continuar el discurso que quedé pendiente del Sr. Gisbert, en el punto en que le dejó, de manera que las ideas que voy á tener el honor de emitir ante vosotros se apliquen al asunto de que se trata, como lo veréis en el desarrollo de mi discurso.

Examinando el presupuesto de ingresos y de gastos del Sr. Gisbert, había observado los caracteres generales que se observaban en los presupuestos de todos los años casi desde que tenemos Gobierno representativo. En todos ellos vi que había déficit constante; en todos ellos observaba por el resultado general de las cuentas correspondientes á cada uno, que arrojan un gasto mayor del que se había fijado, y un ingreso menor del que se había calculado. Ante este fenómeno desconcertado, constante, el Sr. Gisbert se dedicaba á buscar también, como era justo, una causa que debía ser constante y permanente, puesto que producía un efecto de la misma especie.

Encontraba á mi vez tal como ella es en realidad. La encontré, y debía ser de tal importancia, que el señor ministro de Hacienda la recogió en el acto, y desentendiéndose, como á mi vez era oportuno y justo, de la análisis concreta de números, trató la cuestión de la misma manera general examinando el asunto desde el punto de vista en que le había tratado también el Sr. Gisbert. Dijo el Sr. Gisbert: puesto que los presupuestos vienen constantemente en déficit, es una prueba de que constantemente estáis calculando mal las necesidades del Estado, y por consiguiente, calculando mal los recursos con que deben cubrirse. Este defecto que se halla en vuestros cálculos no puede proceder sino de que tengáis una falsa noción del Estado. No tuvo tiempo el Sr. Gisbert para explicar esta idea; pero por lo que luego oí acerca de ella, me convencí de que la había comprendido perfectamente el señor ministro de Hacienda.

El Sr. Gisbert pedía como remedio constante y radical contra estos males de índole permanente, que rectificando el Gobierno la noción del Estado, emprendiese el camino de la descentralización administrativa; esta era la palabra que me apresuré á pronunciar para venir desde luego á definir la descentralización y la centralización. El señor ministro de Hacienda progresó al Sr. Gisbert, y dijo que lo que había querido indicar al hablar de que el Gobierno no tenía recta noción del Estado; el Sr. Gisbert contestó afirmativamente, y entonces el señor ministro de Hacienda empezó á defender la centralización contra las ideas contrarias del Sr. Gisbert. Pues bien: yo como la cuestión desde este punto, único para el cual me supongo con alguna aptitud.

En este punto os ruego que os dignéis oírme con la benevolencia con que lo habeis hecho en otras ocasiones.

Os he dicho que soy incompetente para la cuestión de números, para la cuestión de cálculos, y os he dicho una gran verdad. Sin embargo, señores, la cuestión de cálculos y la cuestión de números ha llegado á ser de tal importancia, absorbe de tal manera la atención general, que ha vaciado, digámoslo así, los rigores de mi propia incompetencia, y me ha hecho pensar en ello, casi como al que mas se ocupa en este género de cuestiones.

Yo he seguido, no con interés, sino con ansiedad, no con ansiedad, sino con angustia, las respectivas demostraciones y análisis que han venido haciendo acerca de este asunto el Sr. Polo, primero, el Sr. Gisbert después, y últimamente el Sr. Moyano. Yo, que difícilmente puedo agrupar y retener las cifras, al oír á estos señores, me he parado esta vez mucho en los números y en los cálculos.

Los recuerdo perfectamente: voy á probarlos en este momento. Siete mil millones de deuda pública existían el año 36, en la aurora triste y anubarrada de los motines y de la perversión del orden social; 21,000 millones el año 67. Qué horror en esa sola progresión! Me alegro mucho de que mi espanto produzca hilaridad al señor ministro de Hacienda, porque esto le aliviará de los largos insomnios que en su claro talento y en su instrucción reconocida no puede menos de causarle la simple confrontación de estas dos cifras pavorosas, pavorosas, sí, porque debido de la progresión que hay entre una deuda de 7,000 millones el año 36 y 21,000 el año 67, concibe la mente una suma de aberraciones y de crímenes, que de seguro perturba el sueño del señor ministro de Hacienda, como el de todo hombre previsora y tan honrado como lo es S. S.

Añadía el Sr. Moyano: 2,000 millones de deuda flotante, es decir, de deuda inmediatamente exigible; y para satisfacer esos 2,000 millones de deuda inmediatamente exigible, un activo que no me acuerdo si dijo que no pasaba de 3,000 millones. Recordando otro dato también. (Si supiera el Congreso qué singular es que yo recuerde estos datos, y hasta qué punto han debido importarme é interesarlos!) El Sr. Polo decía: Señores: los ingresos efectivos que hasta ahora han habido en las arcas

del Tesoro han sido, por lo común, 1,700 á 1,800 millones, y no os prometáis mucho más para el presente año. ¿Y sabéis qué parte de esa cantidad es ya cantidad muerta, enteramente improductiva? Pues entre los intereses anuales de la deuda pública, presupuesto del Clero, cargas de justicia y otras partidas que no recuerdo, hacia la cuenta el señor Polo, y sacaba un total de 1,000 millones de reales, y añadía: 700 millones es lo que os queda en líquido para cubrir las cargas ordinarias, y para subvenir á las necesidades apremiantes del Estado.

Pues bien: yo repito que la agrupación de estos datos y de estas cifras presenta un espectáculo pavoroso, porque debajo de esta agrupación hay, no una cuestión política, sino mucho más que eso; debajo de esa agrupación está la gran cuestión social que hoy trata de resolver en vano todos los Gobiernos.

La aflicción que á despecho de mi incompetencia para los negocios rentísticos me causaban estos datos, no ha logrado vencerla el señor ministro de Hacienda con la explicaciones que le oí, y que tuve la fortuna de entenderle. ¿Cuál no sería, señores, el dolor que de mí se apoderó al ver á un ministro combatir con el calor, con la ciencia y con el talento con que lo hizo (esto no hay que extrañarlo en S. S.) teorías que para mí son las únicas salvadoras en todas partes, y más que en ninguna parte en la nación española!

El señor ministro de Hacienda fué el apóstolado caloroso, entusiasta, de lo que hoy se llama centralización administrativa. No necesito decir esta palabra; lo ha hecho el señor ministro de Hacienda, y me atengo á su definición, porque es completa, y no puede ser más adecuada para la demostración que me propongo hacer de que no hay nada en el mundo que más repugne á la naturaleza del hombre, á la naturaleza de la sociedad, y por consiguiente á la conservación del Estado, que esa centralización tal como la ha definido S. S.

Hay que explicar, señores, estas palabras de centralización y descentralización, de que se abusa grandemente, como de otras muchas, generalmente porque no se entienden, porque no han sido bien definidas y bien analizadas: en este defecto ciertamente que no podía incurrir el señor ministro de Hacienda: sabía muy bien lo que se decía, cuando en su improvisación, porque improvisación fué, nos dijo que «la centralización es legataria universal de todas aquellas instituciones que una tras otra, merced á varios embates, han venido al suelo: la herencia de aquellas instituciones municipales, nobiliarias, militares, clericales y religiosas, que servían de amparo y de escudo á la sociedad que las ha abandonado».

Traducamos libremente sin duda, pero recta y lealmente también, esta definición del señor ministro de Hacienda: la centralización, según esta idea que de ella nos da S. S., es la absorción por el Estado de todas las fuerzas vivas, individuales y sociales. Este es el género de centralización que ha defendido el señor ministro de Hacienda; esta es la que dice que sirve de espíritu, notado bien, señores diputados, notad bien la gravedad de este dicho, la que sirve de espíritu al presupuesto. Esta doctrina la cree común S. S. á todo el partido moderado; esta doctrina cree que la profesa todo el Gobierno.

Imagínos si yo podía callarme ante semejante aseveración, cuando creo que esa doctrina es estragosa para mi patria, denigrante de la dignidad de mi patria y un gran peligro para su libertad y su independencia.

Os he ofrecido antes definir la palabra, y lo haré muy brevemente, porque aun cuando me parece que me oís en el tono de voz en que os estoy hablando, aun cuando os parezca que estoy muy sereno yo sé que no lo estoy, y como hombre previsor que está acostumbrado á medir bien sus fuerzas, sé que mis pulmones no me permitirán molestar mucho tiempo vuestra atención: por consecuencia será muy breve.

Ante una Asamblea cuya mayoría se compone de hombres que con razón se llaman conservadores y de orden, quizás no estará de más un poquito, muy poco, nada más que lo que es preciso, de metafísica para definir bien lo que es el orden. La metafísica, señores, muy desdenada por punto general y sobre todo por cierta secta de prácticos de hábiles que anda por el mundo, y que cree muy buena y muy candidamente el despropósito de que puede ser un hombre muy práctico sin ser hombre teórico, como si hubiera práctica alguna en el mundo que no tuviera relación con una teoría; como si hubiera hecho alguno que no reconociera un principio; como si hubiera fenómeno alguno que no obedeciera á una ley: pues estas leyes universales, estos principios, estas teorías, generadoras de toda práctica, son del dominio de la metafísica. Permite, pues, un poco de metafísica para daros recta idea del orden.

Tengo para mí, señores diputados, que así como entre los llamados defensores de la libertad la mayor parte ignoran de todo punto qué es libertad, y creen buena que la tienen solamente por gritar «¡viva la libertad!», como pudieran gritar viva el sol, el aire ó el agua, así también hay entre los hombres llamados de orden muchos que ignoran de todo punto la verdadera noción del orden. Hay muchas gentes que salen á la calle, y al ver que no se grita, que no se perturba el sueño del vecino honrado, al oír que les dice el alcalde que se cobra pacíficamente la contribución, y les cuenta la policía que no ha habido ninguna riña aquel día; al no ver tampoco el desenfreno de las costumbres mostrándose con un escándalo que ofenda demasiado; hay muchas gentes, digo, que al ver todo esto, se dicen á sí mismos con plena tranquilidad: «estamos asegurados; aquí hay orden público.» Pues bien, señores, toda esa calma exterior, todo ese orden aparente puede hallarse y de hecho se halla muchas veces en sociedades que están afectadas de un desorden intrínseco, radical, espantoso.

¿Cuál es, pues, la recta noción del orden? Voy á ser muy breve. La nota característica del orden, señores diputados, consiste en que lo que debe estar unido, no esté separado, y lo que debe estar distinto, no esté confuso. Teniendo ahora en cuenta esta noción del orden, ¿cuál será su respectivo contrario, ó sea el desorden?

Claro está: desorden hay allí donde esté separado lo que debe estar unido, y donde esté confuso lo que debe estar distinto. Pues ¿sabéis lo que es la centralización? No la centralización legítima, natural y justa, sino aquella otra que llamaba el gran Donoso apolopética? Pues es una confusión de fuerzas sociales, cuya actividad es por su naturaleza misma, distinta. Allí donde hay separación de fuerzas sociales que deben estar unidas, hay ese género de descentralización que no puede llamarse sino anarquía; y allí donde hay confusión de fuerzas sociales que deben ser distintas, allí hay el despotismo, allí hay el género de centralización que preconiza y defiende el señor ministro de Hacienda.

Paso sobre esto como sobre ascuas, y no quiero hablar más de ello, porque me parece haber fijado bien las nociones elementales para que comprendáis que la centralización que el señor ministro de Hacienda defiende es desorden radical, esencial, en la sociedad. ¿Qué hace en efecto esa centralización que preconiza el señor ministro de Hacienda? Pues á la manera que el mortero recoge las sustancias maleables para triturarlas y reducir las á polvo, esa centralización coge todas las fuerzas del individuo y de la sociedad, las mete en el mortero del despotismo gubernamental y las tritura para devorárselas: coge la familia, coge el municipio, coge la provincia, coge en fin todas las fuerzas individuales y sociales y las reduce á polvo.

Ante ese género de centralización no hay clases; ante ese género de centralización no hay gerarquías; no hay más que individuos dispersos sin gé-

nero alguno de agregación, y por consiguiente, á esa centralización se la puede aplicar la nota del despotismo.

Permítidme aquí una digresión. Vosotros, señores diputados, pero fuera de aquí es cosa corriente cuando ven á un neo-católico (así parece que nos llaman: ¿qué le hemos de hacer? ya el Sr. Nocedal ha pronunciado con este motivo palabras elocuentísimas), cuando ven, digo, á uno de nosotros, que defiende la libertad, y que ataca al despotismo, dicen: ¿qué será eso? ¿qué género de coalición maligna tendrán estos neos? Pero esto no prueba más que una cosa, que ya la había dicho el Espíritu Santo, que el número de los neos es infinito. ¿Cuántas veces se cree de buena fe que realmente los que nos sentamos aquí somos amantes de la libertad? Pues bien: me alegraré que esta defensa que estoy haciendo de la libertad verdadera contra el despotismo; ó sea contra el liberalismo, ó sea contra la centralización liberal, sea la protesta más enérgica y más directa que puede hacerse contra semejantes preocupaciones. Esa centralización de que estoy hablando no quiere respetar, señores, la provincia; la provincia, entidad política, sin duda la menos real de todas las entidades políticas; la más ficticia, pero que en España, y por eso aquí más que en ninguna otra parte es importante la centralización, es una entidad real; tan real, que amigo mío muy íntimo, dado á esta clase de estudios, queriendo hallar una definición que comprendiese y abrazase todos los elementos geográficos, políticos é históricos de nuestra nación, dice que «España es una confederación de provincias, formada por la naturaleza, unificada por la Religión y la Monarquía, y administrada por el municipio».

Esta definición es, señores, para mí, de una verdad palmaria. En ninguna parte como en España, en nuestro suelo, en nuestra constitución geográfica, la naturaleza misma ha dado al territorio una división de zonas á que mas propiamente pueda darse el nombre de provincias; es decir, varios grupos de territorio pertenecientes á la unidad nacional española, cada cual con necesidades propias y especiales, con intereses propios y especiales, con tradiciones propias y especiales, y hasta con lenguas propias y especiales.

Yo pregunto, señores diputados: encontrando estos elementos, ¿ha dado de consuno la naturaleza y la historia, ¿es lícito á un Gobierno que tenga y quiera tener rectas nociones de lo que es el Estado, prescindir de esta entidad política, tan real entre nosotros, y negarle de todo punto sus atribuciones propias? No lo es; y por cierto la revolución, que sabía perfectamente lo que se hacía, y á quien le importaba ante todo contrariar en nuestra patria las leyes de la naturaleza y de la historia, se apresuró á destruir esa entidad real, fraccionando el territorio de una manera arbitraria, creando esas 49 provincias, que, como no existen, no tienen base real en la naturaleza, no podrán durar mucho tiempo, porque la fuerza misma de la naturaleza destruirá ese fraccionamiento del territorio, y hará que se restablezca la antigua división provincial.

El señor ministro de Hacienda, que tan aficionado es á citas eruditas, recordará con este motivo aquel famoso verso de Balaú:

*Chassez le naturel, il revient au galop.*

Siendo esto así, figuráos, señores, lo que me sorprendería y dolería oír de los labios del señor Barzanallana que la descentralización no está en las ideas ni en el interés de España; que la descentralización no está en las ideas de España. Al oír esto no pude menos de decir para mí: pues entonces verdaderamente yo no comprendo la historia de España. ¿Pues qué es España, señores diputados, qué es según la historia?

No quiero entrar en investigaciones históricas. Esto podría entreteneros, señores diputados; pero debo abreviar. Sin embargo, mencionaré algunas épocas de nuestra historia patria.

¿A qué se debió aquel glorioso levantamiento, en pos del cual sostuvo España la guerra de los siete siglos contra el islamismo? ¿Creeis que hubiera podido hacer aquel milagro de constancia sin aquella división de España en varios reinos, unificados por un interés común; sin aquellas franquicias municipales, que fueron nacidos al sol de la victoria; sin aquella variedad de esfuerzos, por decirlo de una vez, que partiendo de diversos puntos de la Península, se concentraban en la idea común? No por cierto.

¿Por qué cayó la dinastía goda en una sola batalla como sucede hoy en Europa, que también se juega la suerte de un reino en una sola batalla? Porque la organización política del Estado español en aquel tiempo era un centralismo absorbente por eso el Estado pudo morir en un día en la batalla de Guadalete, con la dinastía de D. Rodrigo. ¿Cómo se restauró? Ya lo he dicho: para renacerse necesitó acudir al medio de la descentralización.

¿Qué han sido por lo común todos esos levantamientos populares que se ven sucesivamente en la historia de los Reyes de la casa de Austria, comenzando por las comunidades de Castilla, siguiendo por las revueltas de Aragón, y continuando por la oposición prestada por Cataluña á la entronización de Felipe V? ¿Qué han sido? ¿De qué proceden? ¿Han sido más que protestas contra el espíritu centralizador?

Si esta no es la explicación de nuestra historia, ¿qué hubiera sido de nosotros, con la centralización que quiere el Sr. Barzanallana, si la hubiéramos tenido planteada al estallar nuestra guerra de la independencia en 1808? ¡Ah, señores diputados! Si España hubiera sido entonces un país centralizado, ¿estad seguros de que no se hubiera defendido siete años como se defendió contra el que llamaban el coloso del siglo. Nuestros municipios, nuestras provincias, estos fueron los que salvaron á España; el municipio y la provincia son los que sostuvieron aquella tenaz é infatigable resistencia.

¿Qué sucedió luego en los años últimos de la guerra? El período, no terminado por cierto, de nuestra revolución política, vinieron las revueltas deploras que todos hemos presenciado? ¿No recordáis cómo cada pronunciamiento traía en pos de sí su correspondiente junta provincial de armamento y defensa? Empezáronse á formar las juntas, y no había por cierto junta de Teruel, de Huesca, ni de Zaragoza, sino que se llamaba junta de Aragón; no había por cierto junta de Córdoba, de Jaén, de Granada, sino que se llamaba junta de Andalucía; lo mismo sucedía en Extremadura y en otras provincias. Ahora mismo, nosotros todos, señores diputados, nos es verdad que al clasificarnos estamos más acostumbrados á decir los diputados de Galicia, los diputados de Aragón ó diputados de Andalucía, que diputados de la Corona, de Zaragoza ó de Sevilla? Efectivamente, señores, esta clase de división, esta división territorial está en la masa de nuestra sangre, está encarnada en nuestra historia. Aquí es menester reconocer la provincia como una entidad real y positiva; es menester acomodarnos á la división formada por la misma naturaleza, y el que quiera cambiar esta división pretende suprimir la naturaleza, pretende suprimir la historia.

Os acabo de proponer el medio radical; el primer fundamento orgánico de toda nación es la vida del municipio, es la vida de la provincia. El Estado en que se prescinda de las atribuciones propias del municipio y de las atribuciones propias de la provincia, es un Estado perdido por la confusión que hace de entidades políticas dotadas de actividad propia. ¿Qué sucede realmente en el día? Sucede que el municipio ha perdido su entidad, ha sido absorbido por el Gobierno que le rige por medio del alcalde que él nombra ó en quien influye, y sobre quien pesa de una manera directa; de tal manera sucede esto, que el municipio no

puede disponer de la alineación de una calle, ó el arreglo del empedrado, ni fijar una lápida, ni siquiera hacer aquellas mejoras más útiles y sencillas que caben dentro de su presupuesto, sin la formación de un largo expediente, sin que siga una larga tramitación; por fin, sin que el Gobierno lo resuelva. Ni la provincia ni el ayuntamiento pueden moverse ni aun dentro de aquellas atribuciones que les son más propias.

Es esto conforme con el interés de la sociedad, ni con el interés del Estado? ¿Qué bienes pueden resultar de aquí? ¡Ah! si me alcanzaran el tiempo y las fuerzas, ¡Ah! si elevando un poco esta enuncianción pudiera yo decirlos como el Estado absorbe también la familia; si pudiera yo demostraros como esta centralización es por punto general enemiga de la Iglesia, á quien siempre son hostiles estas centralizaciones cesáreas y apolopéticas; si pudiera demostraros como el cesarismo centralizador, enemigo de la Iglesia y antagonista de las instituciones católicas, por punto general proclamando el matrimonio civil, destruye la familia en su misma raíz, en sus mismas bases.

Ya sé que en España, gracias á Dios, todavía no hemos llegado á este oprobio; pero sí el Estado centralizándose como quiere el Barzanallana; y también lo tendremos. Pero si no tenemos matrimonio civil, tenemos ya en cambio organizada aquella centralización que se arroja el monopolio de las inteligencias; la centralización, digo, que disponiendo de la enseñanza pública, quita al padre de familia el derecho y la libertad de enseñar á sus hijos en la forma que le parezca más conveniente.

El Sr. PRESIDENTE: Siento mucho tener que interrumpir á S. S., porque noto el gusto con que oye el Congreso su elocuente voz. Pero ruego á S. S. procure cuanto antes acercarse al presupuesto de ingresos, porque de lo contrario no lo discutiremos nunca.

El Sr. TEJADO: Forzoso me será, primero por la indicación del señor presidente, que no me parece está del todo fuera de su lugar; después, porque presiento que voy á causarme muy pronto. Pero os aseguro, señores diputados, que si Dios me conserva la vida y las fuerzas, volveré á tratar esta cuestión más extensamente, si no en esta, en otra legislatura. Ahora ruego, y espero de la benevolencia del señor presidente, que me deje decir algunas pocas palabras, y creo que al tratar la cuestión como la estoy tratando, me ocuparé más directa y más inmediatamente de lo que puede imaginarse del presupuesto de ingresos.

Resumo, sin embargo, cuanto hubiera dicho para refutar varias ideas expresadas por el señor ministro de Hacienda. Decía el señor ministro: «descentralización, es pronto se dice; pero ¿cómo se realiza? Y yo á esto respondo: ¡por ventura exigimos los que en estos bancos nos sentamos que se realice de la noche á la mañana? No por cierto. Si yo me hubiera levantado á pedir eso, desde luego lo hubiera hecho trayendo un proyecto de ley como le trajo el Sr. Durán y Bas en otro Congreso».

Me he levantado á combatir esa tendencia, á rogar al Gobierno que la abandone y á la mayoría que por lo menos medite sobre las consecuencias que ese sistema puede tener, y á prevenir, por último, al país para que no crea en las promesas de bienandanzas que se le pronostican con la centralización. Yo ya sé que no se puede descentralizar en un día, pero puede irse ganando terreno en ese sentido.

Preguntaba el señor ministro qué se ganaba con la descentralización; que la contribución que se paga será la misma, solo que se repartirá en diferentes tesos, el municipal, el provincial y el central. Responderé brevemente al señor ministro de Hacienda con una comparación. Es como si dijéramos á los dueños de los territorios por donde pasaran diferentes arroyos que no utilizaran sus aguas en regar sus tierras y en hacer molinos, hasta que reunidas mas adelante en un gran lago, viniera un repartidor que las distribuyera.

¿Qué sería más costoso al labrador? ¿tomar las aguas cuando van pasando por su posesión ó cuando sabe á punto y cabalmente cómo y en qué cantidad debe tomarlas, ó aguardar á que se las envíen desde el lago? Ciertamente que habría más tesos; pero la totalidad de lo que se pagase en todos ellos no equivaldría á la suma enorme que ahora se paga en uno solo.

Último argumento del señor ministro de Hacienda. (Ya ve el señor presidente que voy abreviando todo lo que es posible.) Dice el señor ministro de Hacienda que esta es una necesidad que se ha impuesto por la fuerza de las cosas; que este Gobierno no la ha creado, y que tenemos que resignarnos. ¿Tenemos que resignarnos? No; al mal no hay que resignarse nunca. Hay que resignarse al mal que de ninguna manera se puede evitar; pero á lo que se puede evitar, es obligación de todo Gobierno no resignarse. Si han desaparecido las clases que mantenían la antigua descentralización, es menester crearlas, conservarlas ó renovarlas, sobre todo aquellas clases que no han muerto porque no pueden morir.

Yo no sé, y concluyo; no sé si con la centralización que recomienda el señor ministro de Hacienda llegaría esta nación á tener muchos caminos de hierro, muchas fortificaciones y fuertes escuadras; lo que sé es que con el género de centralización que preconiza y encomia el señor ministro de Hacienda, esta nación, como otras que se hallan en el mismo caso, no tendrá libertad, justicia, ni dignidad, ni independencia. Yo sentiré ver á mi patria poderosa, la manera que se llama ahora la nación poderosa, sentiré ver á mi patria rica á la manera que hoy se llama rica á las naciones; lo que quiero es verla próspera con aquella prosperidad en que todos gozan desembarazados de los derechos legítimos, individuales y sociales que han recibido de la naturaleza, ó mejor dicho, de Dios, autor de la naturaleza.

He concluido.

## DISCURSO DEL SEÑOR CLAROS

EN DEFENSA DE SU VOTO PARTICULAR SOBRE REFORMA DEL REGLAMENTO.

El Sr. CLAROS: Señores, el digno presidente de la comisión á la cual tengo el honor de pertenecer, y de la cual he tenido el disgusto de disenter, me ha calificado en otra ocasión en nuestras luchas parlamentarias como hombre de extrañas paradojas. No me ofende seguramente la calificación del Sr. Catalina. Yo creo que S. S. me estima á mi tanto como yo estimo á S. S., y porque creo que no hay en esta calificación nada que pueda ofenderme.

Por otra parte, señores, esa calificación no me ofendería nunca. Si lo mismo que motejarme de ser eminentemente español. Esta es la tierra de las paradojas. En la última sesión os hice notar una bien extraña de un país que siendo eminentemente católico, rechazaba la manifestación superior del catolicismo. Afortunadamente, señores, vosotros habeis hecho cesar esa paradoja dando la expresión de la medida de vuestro sentimiento católico, por lo cual os felicito por cuarta vez.

Además, señores, las paradojas, como pudisteis notar en el discurso á que he aludido, son también cristianas. Yo os hice notar algunas magníficas: una de ellas, la de los monjes, que después de haber sido oposición á la antigua sociedad, fueron últimamente su salvación. Yo voy á imitar este ejemplo, y después de haber defendido aquí ardientemente, como visteis, el espíritu religioso, á los religiosos y á los frailes de la barba revolucionaria, vengo ahora, señores, á defender al Gobierno representativo de algunos sabios que, á mi entender, tratan de conculcarlo ó de oscurecerlo.

Esta posición es hasta cierto punto difícil para mí en el orden de ideas en que yo estoy. Necesito, pues, cubrirme con alguna autoridad. Buscaré

un texto de Montesquieu ó de Constant, ó de Bentham ó cualquiera publicista que pueda autorizar un poco esta proposición. No haré mas que esta cita; tened la bondad de oírla:

«De suerte que la Monarquía para que no degenera no ha de ir suelta y absoluta (que es loco el mando y poder), sino atada á las leyes en lo que comprende de debajo de ley y en las cosas particulares, y temporales al consejo, por la trabazón que ha de tener con la aristocracia, que es el apoyo y consejo de los principales y sabios; y de no estar así bien templada la Monarquía, resultan grandes yerros en el gobierno, poca satisfacción y muchos disgustos en los gobernados. Todos los hombres que ha habido de mejor juicio y mas sabios en todas facultades han tenido por el mas acertado este gobierno, y sin él jamás ciudad ni reino se ha tenido por bien gobernado».

Estoy muy contento con haber hecho esta cita, señores diputados; por lo menos ya que no sea yo de los hombres más sabios, al menos será de los de mejor juicio. Esto es algo.

Los buenos Reyes y grandes gobernadores le han siempre favorecido; así bien como no tales, llevados de su soberanía, han echado por otro camino. Conforme á esto, si el Monarca, sea quien fuere, se resolviese por sola su cabeza sin acudir á su Consejo y contra el parecer de sus consejeros, aunque acierte á su resolución, sale de los términos de la Monarquía y se entra en los de la tiranía. De cuyos ejemplos y malos sucesos están llenas las historias; basta uno por muchos, y sea el de Tarquino Superbo el primer libro de Tito Livio, y con su gran soberbia para enseñorearse de todo, y que nadie le fuese á la mano, puso gran cuidado en enflaquecer la autoridad del Senado romano en número de senadores á propósito de determinar él por sí solo todo lo que ocurría en el reino».

Este texto, señores, no es de Montesquieu, ni de Benjamin Constant, ni tampoco de Jeremías Bentham; este texto está en un libro que se titula: *Tratado de República y política cristiana para Reyes y Principes y para los que en el Gobierno tienen sus veces*, compuesto por Fray Juan de Santa María, religioso descalzo de la provincia de San José, de la orden de nuestro glorioso padre San Francisco.

Impreso en Madrid en 1785 con todas las patentes de aprobación y demás requisitos, debió tener en aquella ocasión muy buena acogida, puesto que en 1846 se reimprimió en Barcelona en casa de Sebastian Cornellas. Por último, no lo cito directamente. Lo tomo del ilustre Balmes, que lo aduce con intenciones análogas á las mías.

Ahora bien, señores, ya veis que por haber defendido yo á los franciscanos no me pongo en contradicción defendiendo el Gobierno representativo: una autoridad mucho más competente que yo me acompaña en ese camino, la de ese respetabilísimo padre, con el cual estoy conforme y están conformes todos los hombres de juicio.

Desde Aristóteles acá, todos los publicistas han dicho que la mejor Monarquía era la templada, la mística. Ahora bien: lo que debemos averiguar puramente son los medios, las formas con que esa Monarquía debe ser templada.

No quiero limitarme á esto, señores; después de haber dicho que yo pletito sinceramente por el Gobierno representativo, para que se me crea mejor, voy á decir las causas de por qué quiero el Gobierno representativo, y al mismo tiempo irán naciendo y manifestándose las formas en que yo lo quiero.

La principal razón de todas para mí es la económica. Es inútil ponderar la fuerza de la razón en este sitio; por desgracia se va en este camino más lejos de donde se debía ir. Yo creo que, sin embargo, tiene su parte de razón: aun cuando la mitad de ella sea sensualismo, concupiscencia de la carne y codicia, todavía esta idea económica, tan predominante en los pueblos modernos, tiene grandes motivos para ser respetada.

En primer lugar, señores, la economía se refiere á la vida más íntima de la sociedad en los pueblos actuales. En la desgraciada situación en que este mundo se encuentra, el derecho es el poder, el poder es la fuerza y la fuerza es la riqueza. En el estado de civilización que alcanzamos, la agricultura y la guerra se han convertido en tan complicadas, en tan difíciles y costosos artes, que solo los pocos ricos pueden sostener la guerra con condiciones de éxito y esperanzas de aprovechamiento.

Los pueblos, pues, que no tengan los elementos necesarios de resistencia en el siglo de las anexiones, serán absorbidos. Creo, pues, que aun cuando venga á lo gubernación del Estado el hombre más ascético, cuidará de la idea económica, si no con preferencia á las demás, al menos dándole un importantísimo lugar. De la misma manera si quisiera extender este argumento, veréis que en la situación actual de la sociedad se han hecho tales las exigencias sociales bajo el aspecto económico, que el padre más sábio y modesto no tiene más remedio que dárles su debido lugar, ya que no por sí, por las necesidades que le imponen los deberes de familia.

Me diréis, sin embargo, que no está todavía probado el lazo que une la idea económica con el Gobierno representativo.

Efectivamente, señores; yo quiero ser completamente imparcial, y no negaré que esta idea puede unirse con la monarquía pura. No es menester más que ir á Prusia. Ella es el ejemplo de una monarquía pura, en la cual, sin embargo, la idea económica ha sido llevada á tan alto grado de perfección como en Bélgica é Inglaterra, países parlamentarios.

Pero allí concurren circunstancias especiales. La economía estaba encarnada en la dinastía misma, empezando por el gran Federico, que se mantenía con el suelo con que hoy viven nuestros capitanes generales. De la misma manera la organización de aquel país, sus elementos aristocráticos, sus bien regidas universidades, y después de todo, el espíritu económico y laborioso de la raza, hace que esta idea marche por sí sola, si es menester, sin el impulso y los correctivos del Gobierno.

En España no sucede esto. Es menester reconocer con franqueza lo que existe. Históricamente los consejeros de la monarquía han sido poco dados á la economía. La casa de Austria ofreció una perspectiva que es imposible defender. En la dinastía borbónica se encuentra gran mejora. Tenemos un Rey notabilísimo bajo ese aspecto, y que puede presentarse como modelo, aunque no es bastante conocido, el Sr. D. Fernando VI. Lo mismo él que su gran ministro el marqués de la Ensenada, no dejan que desear á la administración mejor, ni qué pedir al pueblo más exigente.

Aquí mismo os dije la otra noche el señor ministro de Hacienda, con la exquisita erudición que le distingue, que en el mismo reinado de Carlos III empezamos á ensayar el crédito y empezaron los déficits. La administración del Príncipe de la Paz no hay para qué hablar de ella. ¿Quién no la conoce?

El mismo señor ministro os hizo aquí una relación minuciosa de los empréstitos hechos en tiempo del Sr. D. Fernando VII, de la cual aparece que el déficit anual era tan constante, y quizás tan importante como ahora. Quede, pues, sentado que bajo ese aspecto no se encuentra la monarquía pura en ventajosa posición para satisfacer las exigencias económicas de nuestros días.

Es decir, señores, que yo reconozco la necesidad de que por medio del Gobierno representativo, teniendo en esto las clases laboriosas la participación prudente que deben tener, se ponga coto en los gastos y la idea económica se encarna en el país.

No obstante las indicaciones hechas la otra noche por el Sr. Moyano indicando aquí que los Parla- mentos no eran los que habían hecho las economías. Esto consiste en la forma que deis al Gobier-



no representativo. Si esto es falso, lejos de ser patrocinador de la idea económica, será, al contrario, su mayor enemigo. Pero si el Gobierno representativo es lo que debe ser, la venida de las clases trabajadoras, que naturalmente traen la vida de las que pagan el presupuesto, y no el de las que el cobran, entonces están seguros de que más tarde o más temprano esta idea se abrirá camino y llegará a todas sus consecuencias.

Es uno de los motivos, señores, más principales por que el Sr. Nocedal y yo hemos planteado aquí y estaremos constantemente planteando el principio de la incompartibilidad.

Además de la idea económica, hay también en favor del Gobierno representativo entre nosotros la idea política. La Monarquía no puede existir sola. Puede definirla como otros ha definido el alma: una inteligencia servida por órganos. La Monarquía tiene que valerse de algunas clases, de algunas auxiliares: ¿cuáles han de ser estas? Esta es la cuestión del Gobierno representativo, que viene en el mundo a que vamos a tratar aquí, y que la comisión ha decidido a su manera y yo a la mía.

Como soy inclinado generalmente a las formulas concretas, a las ecuaciones muy simplificadas, si quisiera os diré en muy pocas palabras la diferencia que hay entre el sistema de la comisión y el mío. El de la comisión quiere un Gobierno representativo de personas, y yo quiero un Gobierno representativo de cosas. Veremos si en las explicaciones que voy a dar luego yo probaré y daré a conocer.

Voy para esto a dividir mi discurso en tres partes. En la primera voy a tratar al Gobierno representativo con referencia al principio de autoridad; luego con referencia al principio de la discusión, y últimamente, examinando ambos bajo el aspecto de su aplicación a las circunstancias actuales.

Ya habéis visto, señores diputados, que yo he levantado francamente la bandera de la reforma; empiezo pues defendiendo el principio en sí mismo. La necesidad de la reforma, me parece, señores, demostrada. Os he dicho que lo que yo quiero principalmente son intereses y no personas; pero vamos a tratar ante todo la cuestión de la reforma constitucional en sí misma.

Uno de los dignos compañeros que me honran con su oposición, el Sr. García Lobera, al instante me puso delante la ilegalidad del hecho y usó por cierto de palabras bastante duras, llegando hasta calificarlo de atentado y aun de robo. Yo, señores, no tomé estas palabras sino como mero recurso oratorio, porque, a la verdad, si el Sr. García Lobera las hubiera usado seriamente, habría yo dicho entonces categóricamente, que después de lo hecho por esta situación en punto a miramientos constitucionales, se colocaban los que defendiesen en ese terreno la cuestión en la situación de aquellos gatos de la fábula, que después de haberse comido el asado, hicieron caso de conciencia por comerse el asador.

El Sr. García Lobera, un buenísimo sujeto, cordovés, meridional como yo, usó sin duda esas palabras sin más fin que dar a su oración un poco de movimiento oratorio. En ese sentido las tomo, y nada más que en ese sentido.

Permitidme antes de entrar en la cuestión de la reforma práctica que vamos a tratar, hacer algunas ligeras consideraciones más generales.

Yo quiero, y me parece que todos los que piensan como yo quieren de la misma manera, que esa reforma sea muy general, muy íntima. El Sr. Nocedal hablando de esto, hizo aquí una indicación el otro día sobre el Senado. Yo estoy perfectamente de acuerdo con S. S.; celebraría estarlo en todo. El Senado actual, a mi entender, ¿es falso cuanto se ha dicho sobre esto en los libros de derecho público constitucional, o no corresponde a esos grandes principios, ¿es verdaderamente un cuerpo moderador entre el pueblo y la Corona? Pues en ese caso debe ser independiente de uno y de otro.

Yo voy a limitarme a indicaciones muy generales. En el orden de mis ideas, señores, la gran base del Senado es, no que vayan a él tal o cual Prelado que lo merezca por sus circunstancias especiales, sino que vaya en masa la Iglesia española. Sólo así tendrá la fuerza necesaria para imponerse al pueblo como grande autoridad y a la Corona, si alguna vez malos consejeros la encaminaran por senda por donde no debe ir; sólo así también, señores, vendrán los Prelados al Senado. Mientras el Senado sea lo que entre nosotros, una formación aluvial, sedimentada de las inundaciones políticas de los partidos; mientras en el Senado se presenten los partidos como se están presentando entre nosotros, como partidos personales y no precisamente como representaciones legítimas de tal o cual interés social, los Prelados crearán, con mucha razón, que van al Senado nada más que a afilarse en una u otra de esas banderías y a comprometer en ciertos casos los sagrados intereses que tienen que defender por cima de todos los demás.

Saliento de aquí, doy una importancia secundaría a las demás condiciones, diré, sin embargo, con mi acostumbrada ingenuidad, que deseo ver la nobleza representada en el país, si misma, que lo estén en igual forma los grandes propietarios, y que los mismos grandes dignatarios deban ser elegidos, o por el Senado, o en terna que este presente a S. M.

Más importancia que eso, tiene a mi entender que el principio senatorial tenga su representación o reflejación en el municipio y en la provincia por medio de consejeros o regidores nombrados por la Corona en virtud de cierta propuesta y con ciertas condiciones.

Como la monarquía tiene su representación natural en los alcaldes, y el principio popular en los regidores de elección, yo creo que el Senado debe tenerlo a su vez por medio de instituciones similares. Sólo así puede contar con la fuerza necesaria para hacer dignamente su papel en la representación constitucional, haciendo además sentir en todas partes la benéfica influencia de su acción tradicional.

De lo contrario, yo que soy gran partidario, como lo son mis amigos políticos, de la descentralización, me temo que abandonada a corporaciones populares grandemente movibles, quizá no dé sus resultados, y quizá al cabo de diez años sea menester invocar otra vez la centralización.

Pero prescindiendo de cómo están organizados el Senado y el Congreso, siempre queda en pie la gran cuestión por donde empieza mi voto particular, es decir, la sujeción de estos Cuerpos a una ley, y su reglamentación por medio de una ley orgánica.

Este es el gran caballo de batalla de la cuestión que vamos a debatir. Me permitiréis, pues, sobre ella un poco más de extensión que sobre las demás.

Al tratar este punto uno de mis compañeros de comisión, que me honró con su contradicción, hizo una comparación de mi voto particular, que fué verdaderamente para mí alicia: dijo que era un vuelo de la imaginación, y nada más. Me parece que el distinguido profesor de la Universidad de Madrid no estuvo justo.

Temiendo yo con razón los inconvenientes de esta discusión, y calculando que tal vez no podría hacer fijar mis ideas con la precisión filosófica que estas materias requieren en el curso fugitivo de la palabra, las consigné en unos antecedentes o consideraciones, en las cuales están, a mi entender, muy bien planteadas las causas, los motivos, los fundamentos de mi voto particular. Creo que no lo ha leído bien el Sr. Coronado, y esa será la causa de no haberme hecho completa justicia. Analizaré un poco las cuestiones y veremos quién de los dos tiene razón.

Indiqué yo, para sostener la conveniencia de la reglamentación legal de las Cámaras, tres grandes razones: la moral, la filosófica y la histórica. Veníamos a la moral.

Ya sabéis, señores, las grandes declamaciones liberecistas que se han hecho sobre el derecho común y sobre la muerte del privilegio. Pues ahora bien: ¿habéis leído con atención nuestra Constitución? Recordais los artículos 46 y 47? En ellos se regulan ciertos deberes del Monarca, imponiéndole leyes especiales: se exige, entre otras cosas, que sus contratos matrimoniales tengan el sello de la aprobación de las Cortes; ahora bien, señores: si esto se hace con el Monarca, ¿qué queréis que se haga con todas las demás instituciones del Estado? ¿No recuerda el distinguido jurista consulto a quien combatí, la célebre expresión de Antonio Pío en una de sus magníficas leyes, donde dice: *Licet legibus soluti sumus, attamen legibus vivimus*.

Aun cuando estamos completamente desligados de las leyes, en las leyes vivimos. Esto lo decía el monarca del imperio más despótico que ha conocido el mundo; y con un despotismo autorizado por la ley regia que legalizaba esa situación. Si eso decía aquel príncipe; si los Reyes españoles, conforme al principio cristiano, han estado siempre dispuestos a reconocer la ley, y han jurado a su cumplimiento los fueros de la nación, de las provincias y a veces en lo antiguo hasta de las ciudades particulares, ¿con qué cara se presenta institución ninguna delante de la ley sin tributarle el respeto debido doblando ante ella la cabeza?

Podremos hacer esto nosotros, flores de un día, plantas anuales, ¿lo mas, porque rara vez pasa nuestra vida de eso tiempo? Yo he estado aquí en cinco ocasiones, y recuerdo que jamás ha llegado ninguna de ellas a los dos años. Al cabo del año, señores, se nos ha dicho de una manera muy fina, es verdad, pero muy terminante: «váyanse ustedes a sus casas; aquí están ya demás».

A las Cortes constituyentes se les dijo, por cierto, de otra manera. «Creéis que instituciones de esta clase pueden tener la pretensión de no estar sometidas a la ley que el Monarca mismo reventemente acata».

Recuerdo también al Sr. Coronado la razón filosófica. El distinguido profesor a quien me dirijo, mucho mejor que yo puede hacer el desenvolvi-

miento de esa idea; yo no indicaré sino un solo aspecto. Vosotros habéis establecido un gran principio que creéis el mas perfecto para encontrar la norma reguladora del movimiento social, y ese es la ley; ¿es ese el mas perfecto? Pues por qué lo rehusáis? ¿Por qué no lo admitís para aquí? Si es este solo el mejor, apliquémoslo al país; y si es el otro, refutémoslo para nosotros mismos. Me parece, Sr. Coronado, que aquí no hay nada de imaginación, sino filosofía seca.

Pero ya señalé también otra gran razón, para mí la mejor de todas, la histórica, y sospecho que para el Sr. Coronado también. La razón histórica es la mejor para mí, porque es la verdaderamente antirrevolucionaria. ¿Qué son entre nosotros esas grandes corporaciones? ¿Qué es el Gobierno representativo actual?

Permitidme algunas ligeras indicaciones históricas.

Había muerto esa forma de gobierno por causas que aquí no hace al caso tomar en consideración. El año 12 se empesaron en restituirse unos cuantos abogados cuya intención podría ser quizás muy buena, pero cuyo saber era muy poco, e hicieron cosas que en el día no serían admitidas por ninguno de los discípulos perfectamente afeitados por el jurisconsulto a que me refiero. Vino el Rey, y ese mal engendro político desapareció como por encanto. Después se gobernó, no diré bien, porque no vengo a hacer adulaciones de ningún género; y merced a eso y a otras cosas que tampoco quiero explicar, el resultado fué que volvió a establecerse ese Código; pero ¿de qué manera? Por la insurrección que indigna y mas vil de que hay memoria en los anales. Fue exactamente la ignominiosa parodia de la quema de las naves, la contrapartida de la hazaña épica de Hernán Cortés: no necesitó darle más severa calificación. Siguiéron tres años de mamarrachadas, propias, no del pincel del cuadro de las lanzas, sino del de la vida; y esto concluyó por lo que os dije en mi anterior discurso, por la vergonzosa campaña liberal de 1835. Se gobernó, después diez años, si no bien, con cordura y discreción al menos, y si el Rey no hubiera muerto, me temo que no estaríamos en este sitio.

Sobrevinieron otros acontecimientos, y vino el Estatuto. Permitidme hacer notar que el Estatuto vino por los moderados; esto es su título y su representación política. La Monarquía los tomó por consejeros, y con su ayuda abrió las puertas de esta casa. Salto por infinidad de acontecimientos que tenemos al frente dirige la cosa pública. Un bello día, como dicen los franceses, que a todos nosotros nos pareció muy fco, vino desaparecer aquel ministerio, entrar otro, y acercarse nuestra última hora política. Entonces hubo dos determinaciones distintas. La mayor parte del partido moderado, acudido por el señor ministro que es hoy de la Gobernación, creyó conveniente el retraimiento, y otros cuantos adoptamos otra determinación. Permitidme defender la nuestra sin criticar la contraria. Los señores Aparisi, Nocedal, Fernández Espino, conde de Heredia Spínola, al que otro que no recuerdo y yo, resolvimos quedar en la brecha. Me parece que si fuera lícito comparar las cosas pequeñas con las grandes, podríamos decir que habíamos imitado a aquel ascendiente de una ilustre casa de nuestro país, que en una batalla dejó su caballo al Monarca y él se quedó a combatir y recibir los rudos golpes de los contrarios.

Nosotros no dimos nuestros caballos a la Monarquía; pero la dejamos escapar de la revolución amenazadora como pudo, y nos quedamos para defender el principio católico, tan digno de defensa como el monárquico. No es esto criticar en manera alguna la conducta contraria. He sido coronado por el éxito y por la fortuna; sea buena, buenisima, ¿queréis aun que sea mejor? Pues sea: tanto mejor para sacar de esto las consecuencias que me propongo. El partido moderado en masa se declaró entonces el representante únicamente de los intereses de la Monarquía, puesto que los demás intereses los dejó abandonados en el momento en que no tenía la representación legal de la Monarquía. Pues esto creo que me da derecho para exigir de los representantes de ese partido, de esa escuela, de ese principio, de ese maliz o como le queráis llamar, que puesto que son los campeones decididos de la Monarquía tengan para ella las consideraciones al menos que con ella tenemos nosotros, y la hagan predominar sobre todo, y que a cualesquiera otras instituciones por altas que sean, que quieran hacer el papel del rico hombre de Alcañá y veagan en política con pretensiones de nobleza tan antigua que al Rey no le deban nada, les haga dar de cabezadas contra la columna augusta de la ley, ante la cual todo el mundo debe doblar su cabeza.

Creo que he dado una verdadera satisfacción al señor catedrático de la Universidad de Madrid, y espero que S. S. tendrá la bondad de ver verdaderamente.

ras razones donde hasta ahora no ha tenido a bien encontrar más que imágenes.

El segundo punto grave de mi voto son las actas elevadas al Tribunal Supremo. La parte principal de esta innovación está ya defendida en las ideas que acabo de indicar; pero permitidme que añada alguna cosa más. No es la primera vez que me ocupo de esto, y si quisiera registrar el *Diario de las Sesiones* en el año 64, me parece que el 5 de Abril, en un discurso que en aquel día pronuncié, veréis ya esplanada esta idea. No voy a reproducir lo que entonces dije; haré solamente un ligero extracto. Después de negar a esta como a todas las asambleas populares las condiciones propias de la judicatura, dije entonces resumiendo mis razones con una forma epigramática: «vosotros no podéis ser jueces; os faltan las condiciones de tales: no sois ni siquiera jurados, no tenéis siquiera la imparcialidad. ¿Sabéis lo que sois en ese caso? Un consejo de guerra, cuya misión es fusilar los prisioneros del bando contrario. Esto lo dije entonces y lo oísteis pacíficamente, y hoy lo habéis oído con la misma asquerosidad, porque tenéis la misma convicción. Sabéis que es verdad. Y ¿cómo no la habéis de tener? Recordais cómo defendí ayer el Sr. Coronado la permanencia de las actas aquí, y por qué motivo se oponía a que fuera al Tribunal Supremo? Pues es imposible que alegue nada más a mi favor que el distinguido jurisconsulto de la Universidad de Madrid.

¿Cómo quiere el Sr. Cláres, decía, persona de tales y cuales condiciones, llevar esas miserias de la política a los tribunales para corromperlos y turbar la paz y tranquilidad que disfrutan? ¿Con que tenemos que esas cosas son de tal naturaleza que no se pueden llevar al templo de la justicia? Pues si de tal naturaleza son, si tales su pestilencia que no puede aparecer ante la diosa Themis, que es una diosa menor, Sr. Coronado, ¿cómo podrán presentarse ante la diosa Minerva, la hija excelsa de Júpiter, la protectora de las ciencias y de las artes, la inspiradora de los legisladores y de los artistas, ¿Queréis que resumamos más esta cuestión en breves aforismos? Pues lo haré brevisísimamente. Veo que hay tanta preocupación sobre esto, veo jóvenes con quienes intimamente simpatizo y que tienen las mejores ideas, retroceder, sin embargo, ante esta, que debo añadir dos o tres palabras. El país en que la facultad de legislar es un litigio con el poder público, es un país desgraciado; el país cuyos moradores entienden que no pueden entregarse a los tribunales que entiendan en el honor de la esposa, en la legitimidad del hijo y en los más altos intereses familiares, el derecho de sentarse en estos escanos tres o cuatro meses, es un país donde los hombres deben tener cosas muy extrañas en la cabeza. El país donde el litigio entre el poder público y los particulares, entre el padre y el hijo se entrega a la decisión de una de las partes, la más incompetente y apasionada, es un país remotadamente loco. Si en estas resistencias hay algo de fundado, la magistratura de ese país debe ser inmediatamente reformada. Permiteme que las conclusiones que saco están, Sr. Coronado, en los límites de la más estricta filosofía.

Entre en la discusión por bases, otro de los artículos de mi proyecto. Yo creo que esta cuestión está juzgada por sí misma. Si yo hablara con otros partidos, con los progresistas, pase; pero ¿con moderados? Pues no sabéis todos lo que habéis hecho, o mejor dicho, lo que hemos hecho? Pues que, la discusión por bases, puede ser nunca lo que la discusión por autorización? Yo, francamente, entre el sistema legislativo, que ya es exagerado, y yo que llamaré de la bomba, encerrando en un solo artículo, a riesgo de que cada casco salga por su lado, cosas inconexas, y discutir bases cardinales, y después desenvolver sobre ellas una ley, estoy por este último.

Cuidado que yo he querido que se pongan de acuerdo el espíritu del Senado y del Congreso; yo he querido que se discutan las bases, que esas mismas bases se completen por la comisión, con lo cual se conseguirá grandes ventajas, y se conseguirá que el Gobierno representativo sea infinitamente más verdadero. ¿Por qué? Porque, entre otras razones, a esas comisiones especiales se enviarán también hombres especiales, utilizando la suma de luces que vienen aquí, y que se vuelven frecuentemente sin haber reflejado útilmente sus rayos. Si se trata de riegos, v. g., se enviarán valencianos que han sabido admirar a la Francia con sus adelantos y sus prácticas sobre este particular; si se trata de la industria, se enviarán todos o la mayor parte catalanes, como más a propósito para esa clase de asuntos; de ese modo tendrán aquí su legítima representación todas esas aspiraciones que aquí vienen con ánimo de hacer valer lo que ha sido objeto de su estudio, y que se hallan contrariadas por esa oposición que se hace a su patriótica iniciativa. Conste, pues, la forma en que yo he querido presentar y desenvolver la teoría de las bases.

La objeción hecha por el Sr. Coronado de que pueden falsificarse las bases en su desenvolvimiento.

to, no procede: en tal caso es necesario decir que aquí también las leyes que hemos hecho se han despreciado frecuentemente. Ahora bien: lo que es necesario corregir es la falta de respeto a las leyes, y entonces lo natural es que las bases que aprobemos tengan su natural desenvolvimiento.

El otro punto que se refiere al principio de autoridad, es la cuestión de la presidencia. El Sr. Coronado me hizo respecto de este punto una objeción cuya justicia reconozco con la sinceridad que me distingue. S. S. dijo que yo había estado vago. Exactísimo. Es verdad; pero voy a explicar a S. S. los motivos de mi vaguedad, y espero que S. S. tenga la bondad de absolverme. Lo he hecho por una razón general. Yo que quiero el principio de discusión, no le quiero de una manera absoluta; creo que hay muchas cuestiones que conviene separar de aquí; y así como muchas veces os declarais en sesión secreta, porque creéis que muchas cosas no pueden tratarse en público, también yo creo que hay muchas cuestiones que conviene deegarlas a unas cuantas personas por diversas razones prolijas de explicar.

Tres hombres pueden hacer mejor ciertas cosas que 500, aunque todos tengan igual tacto científico. En el Gobierno de Austria en tiempo de Metternich había lo que se llamaba la conferencia, es decir, cierta clase de asuntos que estaban sometidos a la intervención de tres solo ministros. Pues si esto se hace en un Gobierno, ¿cómo no ha de poder hacerse en un Cuerpo legislativo? He tenido también otra razón especial. La cuestión de la presidencia envuelve en sí otras muy graves. El presidente, ¿debe ser de nombramiento de las Cámaras, o debe ser de nombramiento de la Corona? La cuestión es gravísima, y os voy a decir francamente que no me atrevo a decidirla en este momento. Es necesario pensar mucho lo que se ha de hacer para decidir con acierto, y por eso aparece la vaguedad por que me ha inculcado el señor Coronado; por eso lo dejo a la comisión ulterior que había de formar la ley. Sin embargo, una cosa diré para fijar de una vez mis ideas sobre este punto, y satisfacer las exigencias del Sr. Coronado. Si la elección del presidente se deja al poder de las Cámaras, nada se me ofrece que decir. Es indudable, como dijo el señor ministro de la Gobernación, que todo el mundo debe acatar lo que hagan las Cámaras, y nosotros, de seguro en ese punto carecemos de legitimidad para hacer la crítica de lo que haga la Cámara. Como tales diputados debemos ese respeto a esta prerrogativa; la Cámara será siempre responsable de lo que haga, y si su elección no es acertada, está sometida a la crítica de la opinión pública. Pero cuando el nombramiento le hace la Corona, creo que esa prerrogativa debe quedar sometida a ciertas y determinadas condiciones. Yo, sin tener ese fanatismo, por decirlo así, liberecista, tengo grandísimo respeto a estas instituciones. Pues ya sea por ese mismo respeto, ya sea por mi sentimiento monárquico, creo que esa prerrogativa debe estar sujeta a algunas condiciones.

El Senado y el Congreso forman dos Cuerpos que la Corona hace iguales, asimismo en la acción legislativa, colocando al uno a su derecha y al otro a su izquierda, y por ese mismo sentimiento monárquico creo que el nombramiento de la Corona debe recaer en personas que tengan las condiciones de igualdad que tienen los secretarios del despacho, evitándose de esta manera las aberraciones que pueda tener el Monarca, al cual yo venero, pero no creo infalible.

He aquí explicadas las razones de esa ambigüedad de que me he hecho cargo el Sr. Coronado. Además, el presidente de esta Cámara debe tener toda la altura necesaria para hacer entrar en las condiciones del orden a los ministros de S. M., si alguna vez se requiere; y aun cuando pueden hacerlo siempre en virtud de su derecho, todos debemos convenir en que hay necesidad de dárles cualidades externas, de donde se derive la facilidad necesaria para el desempeño de su altísima misión. Me parece que ya estoy en el caso de decir al Sr. Coronado que después de confesar que su crítica era justa, debe concederme la exculpación.

He concluido con la parte relativa al principio de autoridad; voy a ocuparme ahora del principio de discusión.

No sé si esto será una paradoja; pero he creído que ambos principios podían muy bien armonizarse. De esto he tratado en mi voto particular, asegurando en él que esta solución se encontraba en los principios del orden y de la justicia.

Yo quiero que el Gobierno sea como la humanidad. La humanidad tiene no gita dos grandes luces: el sol de la fe y la luz de la razón. Cuando el sol de la fe se apaga; cuando se trata de cosas en las cuales la fe no debe irradiar sus reflejos, entonces marcha con la antorcha de la razón en la mano, y mientras esta sea más luminosa, será mejor, con tal que esas luces no sean de mala especie y traigan consigo las explosiones y los inconvenientes que suele tener a veces el alumbraido en este siglo. (Se continuará.)

## SECCION DE ANUNCIOS.

Tanto los anuncios como los comunicados se insertan a precios convencionales.

**PÍLDORAS BLANCARD**  
DE IODURO DE HIERRO INALTERABLE.  
Aprobadas por la Academia de medicina de París.  
AUTORIZADAS POR EL CONSEJO MEDICAL DE SAN PETERSBURGO.  
Experimentadas en los hospitales de Francia, Bélgica, Irlanda y Turquía, etc.  
MENCIONES HONORÍFICAS EN LAS EXPOSICIONES UNIVERSALES DE NUEVA-YORK 1855 Y PARÍS 1855.  
Últimamente aprobadas de nuevo por la alta comisión médica, encargada de redactar el nuevo Codex francés, estas píldoras ocupan ahora un lugar importante en la terapéutica. Participando de las propiedades de iodo y del hierro, convienen principalmente en las numerosas afecciones ocasionadas por la carencia escrofúlosa (infartos de los ganglios, tumores frios, caries de los huesos, etc.), colores pálidos, la anemia, la tisis en su principio, etc.; estimulan el organismo en las constituciones linfáticas, débiles o debilitadas.  
N. B.—El iodo de hierro impuro ó alterado es un medicamento infiel é irritante. Como prueba de la fuerza y autenticidad de las verdaderas píldoras Blancard, exigid nuestro sello de plata reactivo y nuestra firma presente puesta al fin de una etiqueta verde.—Desconfiarse de las falsificaciones.  
Farmacéutica, 40, rue Bonaparte, en París.  
Venta por mayor: Madrid, Agencia franco-española, calle del Sordo, 51; por menor, Sres. Borrell, hermanos, Escobar, Moreno Miquel y Sanchez Ocaña; en provincias, en las principales farmacias. (A.)

**RETRATO DE NUESTRO SANTISIMO PADRE EL PAPA PIO IX.**  
SACADO DEL NATURAL.  
Magnífica fotografía, busto de tamaño natural, encolado en hermoso papel de Bristol, fondo color china, con un autógrafo de Su Santidad. Precio, 80 rs. en Madrid.—Agencia franco-española, 31, calle del Sordo. (A.)

**LA PREDICACION POPULAR,**  
POR MR. DUPANLOUP.  
OBISPO DE ORLEANS.  
Se vende encuadernado en rústica, con el retrato del autor, a 40 reales en casa de el editor (Cabeza 27), y en las principales librerías de esta corte.

**EXAMEN CRITICO DEL GOBIERNO REPRESENTATIVO**  
EN LA SOCIEDAD MODERNA,  
POR EL R. PADRE L. TAPARELLI.  
DE LA COMPAÑIA DE JESUS.  
TRADUCIDO DEL ITALIANO.

Esta obra importantísima, publicada en la CIVILTA CATTOLICA, Revista que sale a luz en Roma bajo los auspicios de Su Santidad, constará de dos tomos de 500 a 600 páginas cada uno.

Se ha publicado el tomo primero, en el cual después de una introducción magníficamente escrita, se tratan magistralmente, conforme a los principios de la filosofía católica los puntos siguientes:

- 1.º El principio heterodoxo es la abolición del derecho y de la unidad social.
- 2.º El sufragio universal.
- 3.º Posesión de la autoridad.
- 4.º Emancipación de los pueblos adultos.
- 5.º Libertad.
- 6.º Libertad de la prensa.
- 7.º Teorías sociales sobre la enseñanza.
- 8.º Naturalismo.
- 9.º Felicidad social.
10. División de los poderes.

A pesar de su mucha extensión y lectura se vende el Tomo primero del EXAMEN CRITICO al reducidísimo precio de 14 rs. en Madrid y 16 en provincias.

Los pedidos se dirigirán al administrador de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL (Pelayo, 38 y 40, principal) acompañando siempre el importe en libranzas ó sellos de correo. Se está imprimiendo el tomo segundo.

**LIQUEUR DE Goudron Concentrée**  
Preparado por E. GUYOT, Farmacéutico, place Goulin, 1, en París.  
Único medicamento adoptado por todos los médicos de los hospitales de París, para la mejor preparación instantánea y a dosis fija del Agua de Brea.—Administrese con éxito en los curtos de los bronquios y de la vejiga, las roncadas, las afecciones cutáneas, los ordinarios y convulsivos, las pérdidas orinales y rectales.  
(Dos cucharadas de este licor para un litro de agua, ó una cucharadita para una taza, bastan para preparar por sí mismo ó instantáneamente el Agua de Brea.)  
ES EL MODIFICADOR MAS EFICAZ DE LAS MUCOSAS DEL ESTOMAGO Y DE LA VEJIGA.  
Precio del frasco en París, 8 reales; en Madrid, 12 reales.  
(Pa. preparar dos litros de Agua de Brea.)  
Véndese en Madrid, en casa de los Ss. Sanchez Ocaña, Escobar y Moreno Miquel.—La AGENCIA FRANCO-ESPAÑOLA, 31, calle del Sordo, sirve LOS PEDIDOS.—En provincias sus depositarios.

### ROB LAFFECTEUR.

El Rob Boyveau Laffecteur es el único autorizado y garantizado legítimo con la firma del doctor Girardeau de Saint-Gervais. Es muy superior a todos los jarabes depurativos y reemplaza al aceite de hígado de bacalao, al jarabe anti-escorbúico, a las esencias de zarzaparrilla, igualmente que a todas las preparaciones que tienen por base yoduro, oro ó mercurio. De una digestión fácil, grato al paladar y al olfato, el Rob está recomendado por los médicos de todos los países para curar las enfermedades cutáneas, los empeines, los acceos, los cánceres, las úlceras, la sarna degenerada, las escrófulas, el escorbuto, pérdidas, etc.

sia, mal de piedra, cólicos periódicos, enfermedades del hígado, gastritis, gastroenteritis, etc.

Este remedio, de muy buen gusto y muy fácil de tomar con el mayor sigilo, se emplea en la marina real hace más de sesenta años y cura en poco tiempo, con muy pocos gastos y sin temor de recidas, las ulceraciones, retracciones y afechos de la vejiga, y todas las enfermedades sífilíticas nuevas, inveteradas ó rebeldes al mercurio y a otros remedios.

Precios: 24, 40 y 80 rs. botella. Depósitos en Madrid: J. Simón, regente general, Borrell hermanos, Sanchez Ocaña, Escobar y Moreno Miquel, Quesada, Somoinos, C. Ulzurrun y la Agencia franco-española, antes Exposición extranjera, la cual transmite los pedidos. (A.—2453.)

MADRID: 1867.

E. responsable: D. C. NAVARRO VILLOSLADA.

Imprenta de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, Calle de Pelayo 34, a cargo de R. Labajos Arenas.